

PÁGINAS DEL CIELO O SEA LECTURA ESCOGIDA PARA LA NIÑEZ

A LOS PARVULITOS Y NIÑAS

que frecuentan la Escuela de la más Santa de las sabias y de la más sabia de las Santas, la incomparable heroína española y Doctora seráfica santa Teresa de Jesús, dedica estas páginas verdaderamente del cielo de la inspirada poetisa y clásica escritora española.

ENRIQUE DE OSSÓ,
PRESBITERO

Montserrat, octava de santa Teresa de Jesús, 1891.

AL LECTOR

Alimento que nutre el alma es la lectura de los libros, y por lo mismo es evidente que debemos procurar para leer, o sea para alimentarnos, no los buenos, sino los mejores libros, en cuanto se pueda.

Porque si para procurar y conservar la salud del cuerpo todo cuidado y diligencia nos parecen pocos y toda precaución corta, por más que sea, exquisita, y andamos informándonos de las clases de alimento, cuáles sean los más sanos y nutritivos, y cuáles los dañosos o menos nutritivos, para procurarnos aquellos y desechar estos, muchísimo más lo hemos de hacer tratándose de los alimentos del alma.

Y estas razones de buen sentido tienen mayor eficacia si se aplican a la infancia o a la niñez, que por su edad más tierna y delicada exigen mucho más exquisito cuidado en la elección de alimentos, porque se asimilan más los manjares, y no solo se nutren y conservan, como los de edad madura, con ellos, sino que forman como la naturaleza de cada uno. Y vemos que las gentes que se nutren con sanos manjares y fuertes son robustos, ágiles y bien compuestos. Y los niños que se alimentan sin este cuidado, crecen raquíticos, endebles y enfermizos, enclenques y mal acondicionados, esqueletos ambulantes, que parecen más bien un retrato vivo de la muerte, que retoños de vida.

Esto lo vemos más en nuestros días (cosa que no se puede ver sin dolor y asco), sobre todo en las grandes ciudades y en los ricos señores, cuya juventud crece y se cría de manera que más parece una manada de éticos o tísicos, que un principio y germen de nueva vida, una esperanza de regeneración.

Nuestro intento es, pues, al poner en manos de la niñez estas *Páginas del cielo*, contribuir en lo que podamos a que crezcan y se vigoricen sus almas bellas en cuerpos sanos: *Anima bella in corpore sano*; sobre todo lo primero, pues sabido es cuán estrecho anda el comercio entre el alma y el cuerpo, y cuán poderosamente influye la

salud robusta del alma en la del cuerpo, pues como observa la discreta Santa, esta pobre encarceladita del alma siente las dolencias del cuerpo, o como dice el Espíritu Santo, este cuerpo que se corrompe apesga el alma.

Por eso hemos escogido para poner en manos de la infancia y de la niñez, no páginas buenas, sino las mejores, como que son páginas del cielo, según testimonio de la inspirada Doctora que las escribió, la cual nos dice: “Estas cosas que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este Maestro celestial, y se me hace escrúpulo grande poner o quitar una sola sílaba que sea”. (*Vida*, c. XXXIX).

Y si se nos objeta por qué damos como páginas del cielo las de santa Teresa de Jesús, responderemos que porque no hemos hallado mejores y más a propósito a nuestro intento, que de hallarlas, de fijo las hubiésemos escogido y preferido a las de la Santa.

Pero la Iglesia nos asegura, maestra infalible de verdad, que la doctrina de santa Teresa de Jesús es doctrina celestial, y como buena y cuidadosa madre, que desea la salud espiritual y robusta de sus hijos, pide al Padre celestial que nos nutramos con el pábulo de la celestial doctrina de santa Teresa de Jesús.

Además, en la doctrina de santa Teresa de Jesús se halla todo lo que pueden desear los más exigentes. Porque los santos hallarán en las páginas de la Santa motivos de santidad, porque es toda celestial.

Los sabios profundas y altísimas verdades, porque más verdades se aprenden, respecto del alma, leyendo los escritos de santa Teresa, que en los de todos los filósofos.

Los místicos y espirituales, porque es Doctora mística.

Los literatos, porque es clásica escritora, o la misma elegancia castellana, según frase del maestro Fr. Luis de León.

Los políticos, porque enseña la más alta discreción en la forma más delicada.

Los poetas, porque se halla la más sublime inspiración en sus escritos.

Los devotos, porque sus palabras mueven eficazmente al amor de la virtud.

Los sencillos y humildes, porque descubre los secretos de Dios.

Los perfectos, porque enseña el camino del cielo con toda seguridad y verdad.

Las almas de oración, porque demuestra sus grados.

Los que gobiernan, porque da las máximas más seguras de buen gobierno.

Los herejes, porque hallarán refutados todos sus errores.

Los niños, porque les enseña el temor y amor de Dios.

Las mujeres, porque aprenderán a conocer y corregir sus achaques y sus reveses; y todos por fin aprovecharán muchísimo su lectura, porque las páginas inspiradas de santa Teresa de Jesús, según el testimonio de la santa Iglesia, sobremanera excitan los ánimos de los fieles al deseo de las cosas del cielo.

Y por último, porque ya es hora, en especial entre españoles, que agradezcamos y beneficiemos esta mina celestial, este tesoro del cielo y popularicemos tan santos, sublimes e inimitables escritos, ya que según testimonio de un autor de nuestros días, nada sospechoso por cierto, “todas las mujeres que han escrito en la culta Europa, ceden la palma y quedan inmensamente por bajo comparadas con santa Teresa de Jesús”.

Y vosotros sobre todo, amados hijos en el Señor, aprovechaos de este tesoro, leed estas *Páginas del cielo*, meditadlas y aprendedlas de memoria, porque tal vez algún día os será salvación de vuestras almas, y recreo siempre de vuestro espíritu tan celestial doctrina.

Nutrios con este alimento sano, celestial, y creceréis sanos y robustos, engordando vuestra voluntad con esta celestial doctrina, y seréis almas bellas, puras, santas, en cuerpo sano. Nutrios con el pábulo de la celestial doctrina de santa Teresa de Jesús, y seréis la mejor esperanza de regeneración de la sociedad actual, que por falta de vida, y esta por falta de alimento sano, y por sobra de alimento dañino, pestilencial, vive anémica y parece está a punto de perecer.

Creced, pues, en edad, sabiduría y gracia, alimentados con la celestial doctrina de la maestra de los sabios santa Teresa de Jesús, y sed la corona de la religión, la honra de vuestra patria, el consuelo y báculo de vuestros padres, y la gloria de la escuela de santa Teresa de Jesús, en cuyo seno os habréis formado. Estos son los deseos de vuestro mejor amigo, que os pide oraciones.

ENRIQUE DE OSSÓ.

Montserrat, (sábado), último día del mes de la Santa, 1891.

JUICIO DE LA IGLESIA Y DE SABIOS AUTORES ACERCA DE LA SABIDURÍA Y SANTIDAD DE SANTA TERESA DE JESÚS

Escribió santa Teresa de Jesús muchos documentos de celestial sabiduría, con los cuales los corazones de los fieles se excitan sobremanera al deseo del cielo.

(La Iglesia católica).

Diole Dios a santa Teresa sabiduría y prudencia grandes en dema, y anchura de corazón, como la arena que está en las playas de la mar.

(La Iglesia católica).

Santa Teresa de Jesús es la nueva Débora de la gracia, la maestra de los sabios.

(Gregorio XV).

Santa Teresa de Jesús es milagro de su sexo.

(Pío IX).

Santa Teresa de Jesús es el serafín del Carmelo, insigne ornamento de España, y lumbrera de la Iglesia.

(León XIII).

Nadie lee los escritos de santa Teresa de Jesús, que no busque luego a Dios.

(V. Palafox).

Las cosas de santa Teresa de Jesús son verdaderamente celestiales, angélicas y divinas.

Y no es menor maravilla que una mujer, a quien si la común condición de su estado excluye de ser enseñadora de otros, la particular gracia y aliento del cielo hiciese maestra de muchos, moviendo el Espíritu Santo su pluma (como piadosamente creemos, y se experimenta por los efectos), para que sin estudio humano (porque todo su saber era divino) escribiese libros llenos de celestial sabiduría. Y lo que igualmente admira con tanta propiedad y dulzura de estilo, y con palabras tan vivas que ninguno la lee, que si es espiritual, no halle gran provecho, y si no, lo desee serlo y se anime para esto, porque facilita grandemente el camino de la perfección cristiana, poniendo delante la piedad grande de Dios con los hombres que le buscan, y el trato dulce que con ellos tiene.

(P. Yepes).

Que si es milagro lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es, que una mujer, y sola, haya reducido a perfección una Orden en mujeres y hombres. Y otro, la grande perfección a que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento a que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe san Pablo, luego se ve, que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones, que trataba para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de

sí, a todo lo que aborrece el sentido. En que (a lo que yo puedo juzgar) quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles, que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre, y sola que le desafiase, y levantase bandera contra él, e hiciese públicamente gente que le venza, huelle y acocee: y quiso sin duda para demostración de lo mucho que puede en esta edad, a donde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y no es menos clara y menos milagrosa la segunda imagen, que dije, que son las escrituras y libros en los cuales, sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo, que la santa Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo: porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece, que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma y la mano, que lo manifiesta la luz que pone en las cosas obscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son a mi parecer los que con más eficacia hacen. Uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno, es cosa maravillosa, ver como ponen a Dios delante de los ojos del alma, y como le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pega al alma fuego del cielo, que le abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime, ni precie, déjanla no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y (si se puede decir) tan ansiosa del bien, que vuela luego a él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera, que levantan llama por donde quiera que pasan. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sino también en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos días, y en reducirlos a su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la santa Madre, sin mudarlos, ni en palabras, ni en cosas de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, o por descuido de los escribientes, o por atrevimiento y error. Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas, fue atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la santa Madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refrán.

(Fr. Luis de León)

Bien pueden nuestras mujeres españolas jactarse de esta compatriota, santa Teresa de Jesús, y llamarla sin par. Porque a la altura de Cervantes, por mucho que yo lo admire, he de poner a Shakespeare, a Dante, y quizás a Ariosto y a Camoens; Fenelón y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan a ellos; pero toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma, y aún queda inmensamente por bajo, comparada a santa Teresa.

(J. Valera)

Si los ángeles hablasen a los hombres, no emplearían otro lenguaje que el que usa santa Teresa de Jesús en sus escritos.

(Mayans)

Muy justo es el aprecio que haces de los libros de santa Teresa; pues en ellos he encontrado algunas veces esta admirable sentencia: "Que el alma del hombre debe concebir las cosas como si no hubiera en el mundo más que Dios y ella sola".

(Leibnitz, protestante)

ÍNDICE- PROGRAMA

I. –Trata santa Teresa de Jesús cómo comenzó el Señor a despertarla en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

II. –Cómo santa Teresa de Jesús tomó por medianero y abogado al glorioso patriarca san José en sus grandes enfermedades, y lo mucho que le aprovechó.

III. –Todos los bienes tenemos en Cristo Jesús.

IV. –De cómo solo Dios basta, y estando bien con Dios no hemos de temer a los demonios ni a nadie.

V. –El libro vivo de santa Teresa de Jesús.

VI. –De cómo un ángel traspasó con un dardo de oro el corazón de santa Teresa de Jesús.

VII. –Santa Teresa, desde muy niña pide al Señor le dé, como a la samaritana, el agua de su gracia y amor.

VIII. –Trata de algunas tentaciones y representaciones que le hacía el demonio, negrillo muy abominable.

IX. –De la virtud grande del agua bendita para ahuyentar los demonios.

X. –Visión que tuvo santa Teresa de Jesús del infierno, y cómo fue metida en espíritu en él. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó.

XI. –De cómo se hizo el primer monasterio de san José, de la Reforma del Carmen.

XII. –Visten la Virgen y san José a santa Teresa de Jesús una ropa de mucha blancura y claridad, y échanle al cuello un collar de oro muy hermoso.

XIII. –Demuestra santa Teresa como es una de las mentiras que dice el mundo llamar señores a sus servidores.

XIV. –De cómo es camino real, suave y fácil el camino que lleva a Dios por el valle de la humildad.

XV. –Regaladas quejas que da santa Teresa de Jesús en un exceso de amor. –De las mudanzas en los puntos y etiquetas del mundo.

XVI. –Visitas al cielo.

XVII. –Todo el mundo son armas contra la pobre alma.

XVIII. –Teresa, ya eres mía, y Yo, Jesús, soy tuyo.

XIX. –Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad.

XX. –Dase a entender por un ejemplo qué es estar un alma en pecado y en herejía.

XXI. –Dase a entender por la bellísima comparación de un muy claro diamante o espejo, cómo se representan todas las cosas por feas que sean en la divinidad.

XXII. –El verdadero señorío es no poseer nada. –Señor, o morir o padecer.

XXIII. –Cómo la gran bullidora de negocios santa Teresa de Jesús en una noche hace un convento en Medina del Campo.

XXIV. –Vida y muerte santa de la H. Beatriz de la Encarnación.

XXV. –Trabajos y pobreza en la fundación de Toledo.

XXVI. –En que se da cuenta de algunos sucesos notables de la fundación de Sevilla.

XXVII. –De lo que pasó a la H. Beatriz de la Madre de Dios siendo niña.

XXVIII. –De varias mercedes que hizo el Señor a santa Teresa de Jesús.

XXIX. –Sobre el temor de pensar si uno no está en gracia.

XXX. –Súplica de santa Teresa de Jesús al Padre eterno por las presentes necesidades de la Iglesia.

XXXI. –Cómo se han de haber los pusilánimes y flacos.

XXXII. –De la hermosura y dignidad de nuestras almas.

XXXIII. –Cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal.

XXXIV. –Declara santa Teresa la oración por una comparación delicada.

XXXV. –Cómo pasan las abominaciones de los pecadores dentro de Dios. Es mucho de aprovechar.

XXXVI. –De cómo la humildad es la verdad.

XXXVII. –Cuánto ayuda lo temporal al camino espiritual.

XXXVIII.

CARTAS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Al padre Gracián.

Al Ilmo. Sr. D. Álvaro de Mendoza, obispo de Palencia.

A Francisco de Salcedo, caballero de Ávila.

Al padre Gracián. Fragmento acerca de la admisión de una niña en el convento de Alba.

Consolando a una persona afligida con la muerte de otra allegada suya.

Papel del venerable padre Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, relativo a otro de la Santa.

A la muy excelente e ilustrísima señora Duquesa de Alba.

A Dña. Inés Nieto.

A D. Jerónimo Reinoso, canónigo de la santa Iglesia de Palencia.

Al Sr. D. Pedro Castro.

A la M. María de san José, priora de Sevilla.

A su hermano D. Lorenzo de Cepeda.

Al P. Ordóñez, de la Compañía de Jesús.

ESCRITOS SUELTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Cédula del día de su nacimiento.

Oración de la santa Madre Teresa de Jesús para pedir a Dios su santo amor.

Aviso para sacar fruto de las persecuciones.

Breve plática, que santa Teresa hizo al salir de su convento de Valladolid, tres semanas antes que muriese.

Relación de un favor especial.

Alocución de santa Teresa a las monjas de la Encarnación de Ávila, cuando, habiendo ya renunciado la Regla mitigada, fue a ser prelada de aquel convento, año 1571.

Vejámen dado por santa Teresa a varios escritos sobre un punto de mística, por mandado del obispo de Ávila, D. Álvaro de Mendoza.

Versos de santa Teresa de Jesús.

Cantares populares.

Avisos de nuestra santa Madre Teresa de Jesús.

PÁGINAS DEL CIELO

I.

Trata santa Teresa de Jesús cómo comenzó el Señor a despertarla en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos. Decía que, de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy cristianamente. Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre. Y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

Tenía uno casi de mi edad, juntábamnos entrambos a leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamnos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamnos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamnos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamnos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamnos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me

pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí.

(Vida, cap. I)

II.

Cómo santa Teresa de Jesús tomó por medianero y abogado al glorioso patriarca san José en sus grandes enfermedades, y lo mucho que le aprovechó.

Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen; que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba, y pensaba algunas veces que, si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir y a ellas les hacía devoción; después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas. Y tomé por abogado y señor al glorioso san José y encomendeme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad como de o tras mayores, de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra –que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar–, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; y aun hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este

glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida. Si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción. En especial, personas de oración siempre le habían de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino.

(*Vida*, cap. VI)

III.

Todos los bienes tenemos en Cristo Jesús

En veros cabe mí, *Jesús mío*, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo que, mirándoos a Vos cuál estuvisteis delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero. Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy, muy muchas veces lo he visto por experiencia. Hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

Así que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. Él le enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí. Miremos al glorioso san Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestra de ello en las llagas; san Antonio de Padua, el Niño; san Bernardo se deleitaba en la Humanidad; santa Catalina de Sena... otros muchos que vuestra merced sabrá mejor que yo.

(*Vida*, cap. XXII)

IV.

De cómo solo Dios basta, y estando bien con Dios no hemos de temer a los demonios ni a nadie.

¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero; y como poderoso, cuando queréis podéis, y nunca dejáis de querer si os quieren! ¡Alaben os todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh Señor mío!, ¡qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío; mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados; persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía. Pues estando en esta gran fatiga, solas estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé; no temas.*

Paréceme a mí, según estaba, que era menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase y que no bastara nadie: heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh, qué buen Dios! ¡Oh, qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh, válgame Dios, y cómo fortalece la fe y se aumenta el amor! Es así, cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó a los vientos que estuviesen quedos, en la mar, cuando se levantó la tempestad y así decía yo: ¿Quién es éste que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran oscuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía había de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? Que me acaeció pensar: ¿de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir a este Señor. No pretendo otra cosa sino contentarle. No quiero contento ni descanso ni otro bien sino hacer su voluntad (que de esto bien cierta estaba, a mi parecer, que lo podía afirmar). Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios (y de esto no hay que dudar, pues es fe), siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he yo de tener fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me vi otra en un breve tiempo, que no temiera tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos. Y así dije: ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

Es sin duda que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener, hasta hoy. Porque, aunque algunas veces los veía, como diré después, no los he habido más casi

miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedome un señorío contra ellos bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes que, en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios para más bien de sus siervos que los tienen y atormenten. Pluguiere a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello así. ¡Qué espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con otros asimientos de honras y haciendas y deleites!, que entonces, juntos ellos con nosotros mismos que nos somos contrarios amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán. Porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima. Mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira; no hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve oscurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que parecen las de este mundo cosa de juego de niños, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal, y atrévase a luchar con él una y muchas veces.

Plega al Señor que no sea yo de éstos, sino que me favorezca Su Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y juna higa para todos los demonios!, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos: ¡demonio, demonio! adonde podemos decir: ¡Dios, Dios!, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio que a él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. ¡Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayudado!

(Vida, cap. XXV)

Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor este ánimo que me dio contra los demonios. Porque andar un alma acobardada y temerosa de nada sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente. Pues tenemos Rey todopoderoso y tan gran Señor que todo lo puede y a todos sujeta, no hay qué temer, andando –como he dicho– en verdad delante de Su Majestad y con limpia conciencia. Para esto, como he dicho, querría yo todos los temores: para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer; que contento Su Majestad, no hay quien sea contra nosotros que no lleve las manos en la cabeza. Podrase decir que así es, mas que ¿quién será esta alma tan recta que del todo le contente?, y que por eso teme. –No la mía, por cierto, que es muy miserable y sin provecho y llena de mil miserias. Mas no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas. Mas por grandes conjeturas siente el alma en sí si le ama de verdad, porque las que llegan a este estado no anda el amor disimulado como a los principios, sino con tan grandes ímpetus y deseo de ver a

Dios, como después diré o queda ya dicho: todo cansa, todo fatiga, todo atormenta. Si no es con Dios o por Dios, no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso.

(Vida, cap. XXVI)

V.

El libro vivo de santa Teresa de Jesús

Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos y yo no podía ya, por dejarlos en latín; me dijo el Señor: *No tengas pena, que Yo te daré libro vivo*. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones. Después, desde a bien pocos días, lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en qué pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros; Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar!

¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abrace y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven que no conozca es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar?

(Vida, cap. XXVI)

VI.

De cómo un ángel traspasó con un dardo de oro el corazón de santa Teresa de Jesús.

Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía la llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos

que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

Los días que duraba esto andaba como embobada. No quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado.

(*Vida*, cap. XXIX)

VII.

Santa Teresa desde muy niña pide al Señor le dé, como a la samaritana, el agua de su gracia y amor.

Otras veces me da una bobería de alma –digo yo que es–, que ni bien ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen: ni con pena ni con gloria, ni la da vida ni muerte, ni placer ni pesar. No parece se siente nada. Paréceme a mí que anda el alma como un asnillo que paca, que se sustenta porque le dan de comer y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos ni efectos para que se entienda el alma.

Paréceme ahora a mí como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo; porque en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejora. Porque luego bullen los deseos y nunca acaba de satisfacerse un alma. Esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, a quien Dios los da. Es como unas fontecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento la arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo o comparación de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor y pensando qué hará. No cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquel agua, sino que la echa de sí. Está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene; ya la tiene a ella empapada en sí. Querría bebiesen los otros, pues a ella no la hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios. ¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, y soy muy aficionada a aquel Evangelio; y es, cierto, que sin entender como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada adonde estaba siempre, con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam*. Parece también como un fuego que es grande y, para que no se aplaque, es menester haya siempre qué quemar. Son las almas que digo. Aunque fuese muy a su costa, querrían traer leña para que no cesase este fuego. Yo soy tal que aun con pajas que pudiese echar en él me contentaría, y me acaece algunas y muchas veces; unas me río y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita a que sirva en algo –de que no soy para más– en poner ramitos y flores a imágenes, en barrer, en poner un oratorio, en unas cositas tan bajas que me hacía confusión. Si hacía o hago algo de penitencia, todo poco y de

manera que, a no tomar el Señor la voluntad, veía yo era sin ningún tomo, y yo misma burlaba de mí.

(Vida, cap. XXX)

VIII.

Trata de algunas tentaciones y representaciones que le hacía el demonio, negrillo muy abominable.

Quiero decir, ya que he dicho algunas tentaciones y turbaciones interiores y secretas que el demonio me causaba, otras que hacía casi públicas en que no se podía ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y apareciome hacia el lado izquierdo, de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara, sin sombra. Díjome espantablemente que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor y santigüeme como pude, y desapareció y tornó luego. Por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer. Tenía allí agua bendita y echela hacia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando, con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas y no sabían qué se hacer ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé Su Majestad paciencia y me esté yo hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderlo llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiéndose cómo era el demonio, porque vi cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendía ganar perdía. Yo, como le vi, reíme, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo que no se podían valer ni sabían qué remedio poner a tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar sin poderme resistir, con cuerpo y cabeza y brazos. Y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita por no las poner miedo y porque no entendiesen lo que era.

(Vida, cap. XXXI)

IX.

De la virtud grande del agua bendita para ahuyentar los demonios.

De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa con que huyan más para no tornar. De la cruz también huyen, mas vuelven. Debe ser grande la virtud del agua bendita. Para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación que no sabría yo darla a entender, como un deleite interior que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran

advertencia. Digamos como si uno estuviese con mucha calor y sed y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije: si no se riesen, pediría agua bendita. Trajéronmelo y echáronmelo a mí, y no aprovechaba; echelo hacia donde estaba, y en un punto se fue y se me quitó todo el mal como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho ver que, aun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia hace tanto mal, ¿qué hará cuando él lo posea por suyo? Diome de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez poco ha, me acaeció lo mismo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola. Pedí agua bendita, y las que entraron después que ya se habían ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijieran mentira), olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo olí. Duró de manera que se pudo advertir a ello. Otra vez estaba en el coro y diome un gran ímpetu de recogimiento. Fuime de allí porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes adonde yo estaba, y yo cabe mí oí hablar como que concertaban algo, aunque no entendí qué; habla gruesa; mas estaba tan en oración, que no entendí cosa ni hube ningún miedo.

(Vida, cap. XXXI)

X.

Visión que tuvo santa Teresa de Jesús del infierno, y cómo fue metida en espíritu en él. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó.

Estando un día en oración me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio, mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidármeme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido.

Estotro me parece que aun principio de encarecerse como es no le puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan incomportables, que, con haberlos pasado en esta vida gravísimos y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar (porque fue encogérmeme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio), no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del

agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sentible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco, porque aun parece que otro os acaba la vida; mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento, sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar, a lo que me parece. Y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared. Porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga. No hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno. Después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo. Cuanto a la vista, muy más espantosos me parecieron, mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia. Porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma), ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa. En fin como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aún lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es que me parece el calor natural me falta de temor aquí adonde estoy. Y no me acuerdo vez que tengo trabajo ni dolores, que no me parece nonada todo lo que acá se puede pasar, y me parece en parte que nos quejamos sin propósito. Y torno a decir que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leído muchas veces libros adonde se da algo a entender las penas del infierno, cómo no las temía ni tenía en lo que son. ¿Adónde estaba? ¿Cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarrea ir a tan mal lugar? ¡Seáis bendito, Dios mío, por siempre! Y ¡cómo se ha parecido que me queráis Vos mucho más a mí que yo me quiero! ¡Qué de veces, Señor, me librasteis de cárcel tan tenebrosa, y cómo me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad! De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan (de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece, cierto, a mí que, por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que, si vemos acá una persona que bien queremos, en especial con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión y, si es grande, nos aprieta a nosotros. Pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay

corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión, esto que no le tiene no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

Esto también me hace desear que, en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte. No dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero que, aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios y no hacía algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo y, en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia, que me la daba el Señor; no era inclinada a murmurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que, aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más continuo; y veo adonde me tenían ya los demonios aposentada, y es verdad que, según mis culpas, aun me parece merecía más castigo. Mas, con todo, digo que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal; sino que por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará como ha hecho a mí. Plega a Su Majestad que no me deje de su mano para que yo torne a caer, que ya tengo visto adónde he de ir a parar. No lo permita el Señor, por quien Su Majestad es, amén.

(*Vida*, cap. XXXII)

XI.

De cómo se hizo el primer monasterio de san José, de la Reforma del Carmen.

En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo y hacerlo labrar, pasé tantos trabajos y algunos bien a solas, aunque mi compañera hacía lo que podía, mas podía poco, y tan poco que era casi nonada, más de hacerse en su nombre y con su favor, y todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto cómo lo pude sufrir. Algunas veces afligida decía: Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles? que, aunque fuera mujer, ¡si tuviera libertad! mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de donde los tener, ni para Breve ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?

Una vez estando en una necesidad que no sabía qué me hacer ni con qué pagar unos oficiales, me apareció san José, mi verdadero padre y señor, y me dio a entender que no me faltarían, que los concertase. Y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por maneras que se espantaban los que lo oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio, y quería comprar otra (ni había con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer) que estaba junto a ella, también harto pequeña, para hacer la iglesia; y acabando un día de comulgar, díjome el Señor: *Ya te he dicho que entres como pudieres*. Y a manera de

exclamación también me dijo: *¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener adonde me meter!* Yo quedé muy espantada y vi que tenía razón. Y voy a la casita y tracela y hallé, aunque bien pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella de manera que se pueda vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso a la salud, y así se ha de hacer siempre.

(Vida, cap. XXXIII)

XII.

Visten la Virgen y san José a santa Teresa de Jesús una ropa de mucha blancura y claridad, y échale al cuello un collar de oro muy hermoso.

Estando en estos mismos días, el de nuestra Señora de la Asunción, en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Senteme, y aun paréceme que no pude ver alzar ni oír misa, que después quedé con escrúpulo de esto. Pareciome, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía. Después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa. Díóseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora: díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso san José, que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, y que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho que no se ven. Parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento, más a mi parecer que nunca le había tenido y nunca quisiera quitarme de él, pareciome que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles. Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios y con tales efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar, aunque mucho lo procurase, no ser cosa de Dios. Dejome consoladísima y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los

ángeles de la obediencia, es que a mí se me hacía de mal no darla a la Orden, y habíame dicho el Señor que no convenía dársela a ellos. Diome las causas para que en ninguna manera convenía lo hiciese, sino que enviase a Roma por cierta vía, que también me dijo, que El haría viniere recado por allí. Y así fue, que se envió por donde el Señor me dijo –que nunca acabábamos de negociarlo– y vino muy bien. Y para las cosas que después han sucedido, convino mucho se diese la obediencia al Obispo. Mas entonces no le conocía yo, ni aun sabía qué prelado sería, y quiso el Señor fuese tan bueno y favoreciese tanto esta casa, como ha sido menester para la gran contradicción que ha habido en ella –como después diré– y para ponerla en el estado que está. Bendito sea El que así lo ha hecho todo, amén.

(Vida, cap. XXXIII)

XIII.

Demuestra santa Teresa cómo es una de las mentiras que dice el mundo llamar señores a sus servidores.

Fue el Señor servido que aquella señora, *D^a Luisa de la Cerda, hija de los duques de Medinaceli*, se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego a tener y cada día más se hallaba consolada. Túvose a mucho, porque –como he dicho– la pena la tenía en gran aprieto; y debíalo de hacer el Señor por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas que yo conocía porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que a mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo. Yo se le tenía harto de ver su bondad, mas casi todo me era cruz; porque los regalos me daban gran tormento y el hacer tanto caso de mí me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor. Porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad y tanto me hacían menospreciar todo lo que veía –y mientras más eran, más–, que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy a mi honra pudiera yo servir las, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíase lo. Vi que era mujer y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo, mientras es mayor, tienen más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir; comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar todo conforme al estado y no a las complexiones. Han de comer muchas veces los manjares más conformes a su estado que no a su gusto.

Es así que de todo aborrecí el desear ser señora –¡Dios me libre de mala compostura!–, aunque ésta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes, y de mucha llaneza. Yo la había lástima, y se la he, de ver cómo va muchas veces no conforme a su inclinación por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos. No se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fue el Señor servido que el tiempo

que estuve en aquella casa se mejoraban en servir a Su Majestad las personas de ella, aunque no estuve libre de trabajos y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interés. Debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes y otras de otras suertes, porque no me embetiese en el regalo que había por otra parte, y fue servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

(Vida, cap. XXXIV)

XIV.

De cómo es camino real, suave y fácil el camino que lleva a Dios por el valle de la humildad.

¡Oh Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles que dais a entender bien que no es menester más de amarnos de veras y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley; porque yo no le veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva a Vos. Camino real veo que es, que no senda. Camino que, quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer, porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo adonde caer y de la otra un despeñadero: no se han descuidado, cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va por ancho camino y real. Lejos está el despeñadero. No ha tropezado tantico, cuando le dais Vos, Señor, la mano. No basta una caída ni muchas, si os tiene amor y no a las cosas del mundo, para perderse. Va por el valle de la humildad. No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección. El Señor, por quien es, nos dé a entender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en El, y no hayan miedo se ponga este Sol de Justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos a Él. No temen andar entre leones, que cada uno parece que quiere llevar un pedazo, que son las honras y deleites y contentos semejantes que llama el mundo; y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto y diez mil querría hartarme de llorar y dar voces a todos para decir la gran ceguera y maldad mía, porque si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Ábraselos el que puede, por su bondad, y no permita se me tornen a cegar a mí, amén.

(Vida, cap. XXXV)

XV.

Regaladas quejas que da santa Teresa de Jesús en un exceso de amor. –De las mudanzas en los puntos y etiquetas del mundo.

Es cierto que yo me he regalado hoy con el Señor y atrevido a quejarme de Su Majestad, y le he dicho: “¿cómo Dios mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer y dormir y negociar y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos, pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan para gozar de Vos os me escondáis? ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo yo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo del amor que me tenéis que no lo sufrirais; mas estáis Vos conmigo, y veisme siempre. ¡No se sufre esto, Señor mío! Suplícoos miréis que se hace agravio a quien tanto os ama”. Esto y otras cosas me ha acaecido decir, entendiendo primero cómo era piadoso el lugar que tenía en el infierno para lo que merecía. Mas algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento, sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor. ¡Alabado sea tan buen Rey! ¡Llegáramos a los de la tierra con estos atrevimientos!... Aun ya al rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razón se tema, y a los señores que representan ser cabezas; mas está ya el mundo de manera, que habían de ser más largas las vidas para deprender los puntos y novedades y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo de ella en servir a Dios. Yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí; porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intención, si hay – como digo – descuido; y aun plega a Dios lo crean.

Torno a decir que, cierto, yo no sabía cómo vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada: ve que la mandan que ocupe siempre el pensamiento en Dios y que es necesario traerle en El para librarse de muchos peligros; por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos de mundo, so pena de no dejar de dar ocasión a que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer satisfacciones, porque no podía –aunque lo estudiaba– dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña. ¿Y es verdad que en las Religiones, que de razón habíamos en estos casos estar disculpados, hay disculpa? –No, que dicen que los monasterios ha de ser corte de crianza y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado si dijo algún santo que había de ser corte para enseñar a los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés. Porque traer este cuidado quien es razón le traiga continuo en contentar a Dios y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar a los que viven en él en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudiera deprender de una vez, pasara; mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra, adonde se lea cómo se ha de hacer –a manera de decir–, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner magnífico, se ha de poner ilustre. Yo no sé en qué ha de parar, porque aún no he yo cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir; pues los que ahora nacen y vivieren muchos, ¿qué han de hacer? Por cierto, yo he lástima a gente espiritual que está obligada a estar en el mundo por algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos y hacerse ignorantes

y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarían. Mas ¡en qué boberías me he metido! Por tratar en las grandezas de Dios, he venido a hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir de él. Allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega a Dios que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos. Amén.

(Vida, cap. XXXVII)

XVI.

Visitas al cielo.

Estando una noche tan mala que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio. Cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vínome un arrebatamiento de espíritu con tanto ímpetu que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi fue a mi padre y madre, y tan grandes cosas –en tan breve espacio como se podía decir una avemaría– que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced.

Había una vez estado así más de una hora mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome: *Mira, hija, qué pierden los que son contra Mí; no dejes de decírselo.* ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus hechos los tienen ciegos, si Vuestra Majestad no les da luz! Después quisiera ella estarse siempre allí y no tornar a vivir, porque fue grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá: parecíame basura y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

(Vida, cap. XXXVIII)

XVII.

Todo en el mundo son armas contra la pobre alma.

Vime estando en oración en un gran campo a solas. En rededor de mí mucha gente de diferentes maneras que me tenían rodeada. Todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme: unas, lanzas; otras, espadas; otras, dagas y otras, estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y vi a Cristo, no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire, que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía de manera que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dio a entender lo que significaba. Y poco después me vi casi en aquella batería y

conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma. Dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras y haciendas y deleites y otras cosas semejantes, que está claro que, cuando no se cata, se ve enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar; mas amigos, parientes y, lo que más me espanta, personas muy buenas, de todo me vi después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía cómo me defender ni qué hacer.

¡Oh, válgame Dios! si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve, aun después de lo que atrás queda dicho, ¡cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fue la mayor persecución –me parece– de las que he pasado. Digo que me vi a veces de todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar a Dios. Acordábame bien de lo que había visto en esta visión. E hízome harto gran provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor, como me lo mostró, una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida a nada más de a contentar al Señor; que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos servir. ¡Seáis bendito por siempre!

(Vida, cap. XXXIX)

XVIII.

Teresa, ya eres mía, y Yo, Jesús, soy tuyo.

Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla y contienda, yéndoseme el pensamiento a cosas que no eran perfectas –aún no me parece estaba con el desasimiento que suelo–, como me vi así tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones. Estaba, en fin, con una oscuridad grande de alma. Estando con esta pena, comencome a hablar el Señor y díjome que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era, si Él se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme a entender cuán bien empleada es esta guerra y contienda por tal premio, y pareciome tenía lástima el Señor de los que vivimos en el mundo. Mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice Su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: *Ya eres mía y Yo soy tuyo*. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y a mi parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos?

(Vida, cap. XXXIX)

XIX.

Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad.

Estando una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que, como indigna de tal bien, comencé a pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzose con esta consideración a inflamar más mi alma, y vínome un arrebatamiento de espíritu de suerte que yo no lo sé decir. Pareciome estar metido y lleno de aquella majestad que he entendido otras veces. En esta majestad se me dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades. No sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma Verdad: *No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes. Porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad. No faltará una tilde de ella.* A mí me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad! que si me amasen, no les encubriría Yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes, en lo que aprovecha a tu alma.* Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la oscuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fue, porque no vi nada; mas quedé de una suerte que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme que ninguna cosa se me pondría delante que no pasase por esto.

(Vida, cap. XL)

XX.

Dase a entender por un ejemplo qué es estar un alma en pecado y en herejía.

Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y pareciome ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo –yo no sé decir cómo– se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fue esta visión de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme a entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser. Y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que oscurecido. Es muy diferente el cómo se ve, a decirse, porque se puede mal dar a entender. Mas hame hecho mucho provecho y gran lástima de las veces que con mis culpas oscurecí mi alma para no ver este Señor.

Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse a considerar al Señor en lo muy interior de su alma, que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa que fuera de sí –como otras veces he dicho– y en algunos libros de oración está escrito, adónde se ha de buscar a Dios. En especial lo dice el glorioso San Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor. Y no es menester ir al cielo, ni más lejos que a nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma y no con tanto fruto.

(Vida, cap. XL)

XXI.

Dase a entender por la bellísima comparación de un muy claro diamante o espejo, cómo se representan todas las cosas por feas que sean en la Divinidad.

Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad), cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido viera esto en otro tiempo y si lo viesen los que le ofenden, que no tendrían corazón ni atrevimiento para hacerlo. Pareciome, ya digo sin poder afirmarme en que vi nada, mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, o yo no me sé entender... Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo, a manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan más subida manera, que yo no lo sabré encarecer; y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima, cada vez que se me acuerda, ver que cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así que, cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabía, me parece, adónde me meter. ¡Oh, quién pudiese dar a entender esto a los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes a Su Majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante de Él! Vi cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y qué tan fuera de quien Él es son cosas semejantes. Y así se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto, nos sufre. Hame hecho considerar si una cosa como ésta así deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio cuando esta Majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válgame Dios, qué ceguedad es ésta que yo he traído!... ¡Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido!

XXII.

El verdadero señorío es no poseer nada. Señor, o morir, o padecer.

Rogome una persona una vez que suplicase a Dios le diese a entender si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces le podrá tomar; dando a entender que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo quien hubiere de tener prelacías, o al menos de procurarlas.

Díjome una vez, consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor), que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser; que unas veces tendría hervor y otras estaría sin él; unas con desasosiegos y otras con quietud y tentaciones, mas que esperase en Él y no temiese.

Estando en esta pena, me apareció el Señor y regaló mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor de Él y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y así me parece que nunca me vi en pena después que estoy determinada a servir con todas mis fuerzas a este Señor y consolador mío, que, aunque me dejaba un poco padecer, no me consolaba de manera que no hago nada en desear trabajos. Y así ahora no me parece hay para qué vivir sino para esto, y lo que más de voluntad pido a Dios. Dígole algunas veces con toda ella: «Señor, o morir o padecer, no os pido otra cosa para mí». Dame consuelo oír el reloj, porque me parece me allego un poquito más para ver a Dios de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

XXIII.

Como la gran bullidora de negocios santa Teresa de Jesús en una noche hace un convento en Medina del Campo.

Llegamos a Medina del Campo, víspera de nuestra Señora de agosto, a las doce de la noche. Apeámonos en el monasterio de Santa Ana, por no hacer ruido, y a pie nos fuimos a la casa. Fue harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros para correr otro día, no nos topar ninguno. Con el embebecimiento que llevábamos, no había acuerdo de nada; mas el Señor que siempre le tiene de los que desean su servicio, nos libró, que cierto allí no se pretendía otra cosa. Llegadas a la casa, entramos en un patio. Las paredes harto caídas me parecieron, mas no tanto como cuando fue de día se pareció. Parece que el Señor había querido se cegase aquel bendito padre para ver que no convenía poner allí Santísimo Sacramento.

Visto el portal, había bien que quitar tierra de él, a teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta, y no traíamos sino unos reposteros, creo eran tres: y para toda la largura que tenía el portal era nada. Yo no sabía qué hacer, porque vi no convenía poner allí altar. Plugo al Señor, que quería luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenía muchos tapices de ella en casa, y una cama de damasco azul, y había dicho nos diesen lo que quisiésemos, que era muy buena. Yo, cuando vi tan buen aparejo, alabé al Señor, y así harían las demás; aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos. Comenzáronse a buscar de las paredes; en fin, con trabajo, se halló recaudo. Unos a entapizar, nosotras a limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecía, estaba puesto el altar, y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesión. No se cayó en ello, sino que pusimos el Santísimo Sacramento, y desde unas resquicias de una puerta que estaba frontero, veíamos misa, que no había otra parte. Yo estaba hasta esto muy contenta, porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento. Mas poco me duró. Porque, como se acabó misa, llegué por un poquito de una ventana a mirar el patio y vi todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo era menester muchos días.

¡Oh válgame Dios! Cuando yo vi a Su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, ¡qué fue la congoja que vino a mi corazón!

Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar; que yo pasaba harto penosas noches y días. Porque, aunque siempre dejaba hombres que velasen el Santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormían; y así me levantaba a mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna, y podía verlo bien. Todos estos días era mucha la gente que venía, y no sólo no les parecía mal, sino poníales devoción de ver a nuestro Señor otra vez en el portal. Y Su Majestad, como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros, no parece quería salir de él.

(*Fundaciones*, cap. III)

XXIV.

Vida y muerte santa de la H. Beatriz de la Encarnación

Entró en este monasterio por monja una doncella llamada doña Beatriz Oñez, algo deudo de doña Casilda. Entró algunos años antes, cuya alma tenía a todas espantadas por ver lo que el Señor obraba en ella de grandes virtudes; y afirman las monjas y priora que en todo cuanto vivió jamás entendieron en ella cosa que se pudiese tener por imperfección, ni jamás por cosa la vieron de diferente semblante, sino con una alegría modesta, que daba bien a entender el gozo interior que traía su alma. Un callar sin pesadumbre, que con tener gran silencio, era de manera que no se le podía notar por cosa particular. No se halla haber jamás hablado palabra que hubiese en ella que reprender, ni en ella se vio porfía ni una disculpa, aunque la priora, por probarla, la quisiese culpar de lo que no había hecho, como en estas casas se acostumbra para

mortificar. Nunca jamás se quejó de cosa ni de ninguna hermana, ni por semblante ni palabra dio disgusto a ninguna con oficio que tuviese, ni ocasión para que de ella se pensase ninguna imperfección, ni se hallaba por qué acusarla ninguna falta en capítulo, con ser cosas bien menudas las que allí las celadoras dicen que han notado. En todas las cosas era extraño su concierto interior y exteriormente. Esto nacía de traer muy presente la eternidad y para lo que Dios nos había criado. Siempre traía en la boca alabanzas de Dios y un agradecimiento grandísimo. En fin, una perpetua oración.

En lo de la obediencia jamás tuvo falta, sino con una prontitud y perfección y alegría a todo lo que se le mandaba. Grandísima caridad con los prójimos, de manera que decía que por cada uno se dejaría hacer mil pedazos a trueco de que no perdiesen el alma y gozasen de su hermano Jesucristo, que así llamaba a nuestro Señor. En sus trabajos, los cuales con ser grandísimos, de terribles enfermedades –como adelante diré– y de gravísimos dolores, los padecía con tan grandísima voluntad y contento, como si fueran grandes regalos y deleites. Debíasele nuestro Señor dar en el espíritu, porque no es posible menos, según con la alegría los llevaba.

Dióle luego una postema dentro de las tripas con tan gravísimos dolores, que era bien menester para sufrirlos con paciencia lo que el Señor había puesto en su alma. Esta postema era por la parte de adentro, adonde cosa de las medicinas que la hacían no la aprovechaba; hasta que el Señor quiso que se la viniese a abrir y echar la materia, y así mejoró algo de este mal. Con aquella gana que le daba de padecer, no se contentaba con poco; y así oyendo un sermón un día de la Cruz, creció tanto este deseo, que, como acabaron, con un ímpetu de lágrimas se fue sobre su cama y, preguntándole qué había, dijo que rogasen a Dios la diese muchos trabajos y que con esto estaría contenta.

Con la priora trataba ella todas las cosas interiores y se consolaba en esto. En toda la enfermedad jamás dio la menor pesadumbre del mundo, ni hacía más de lo que quería la enfermera, aunque fuese beber un poco de agua. Desear trabajos almas que tienen oración es muy ordinario, estando sin ellos; mas, estando en los mismos trabajos, alegrarse de padecerlos no es de muchas. Y así, ya que estaba tan apretada, que duró poco y con dolores muy excesivos y una postema que le dio dentro de la garganta que no la dejaba tragar, estaban allí algunas de las hermanas, y dijo a la priora (como la debía consolar y animar a llevar tanto mal), que ninguna pena tenía, ni se trocaría por ninguna de las hermanas que estaban muy buenas. Tenía tan presente a aquel Señor por quien padecía, que todo lo más que ella podía rodeara para que no entendiesen lo mucho que padecía. Y así, si no era cuando el dolor la apretaba mucho, se quejaba muy poco. Parecíale que no había en la tierra cosa más ruin que ella, y así, en todo lo que se podía entender, era grande su humildad. En tratando de virtudes de otras personas, se alegraba muy mucho. En cosas de mortificación era extremada. Con una disimulación se apartaba de cualquiera cosa que fuese de recreación, que, si no era quien andaba sobre aviso, no lo entendían. No parecía que vivía ni trataba con las criaturas según se le daba poco de todo; que de cualquiera manera que fuesen las cosas, las llevaba con una paz, que siempre la veían estar en un ser; tanto que le dijo una vez una hermana que parecía de unas personas que hay muy honradas, que

aunque mueran de hambre, lo quieren más que no que lo sientan los de fuera, porque no podían creer que ella dejaba de sentir algunas cosas, aunque tan poco se le parecía.

Todo lo que hacía de labor y de oficios era con un fin que no dejaba perder el mérito, y así decía a las hermanas: «*No tiene precio la cosa más pequeña que se hace, si va por amor de Dios*; no habíamos de menear los ojos, hermanas, si no fuese por este fin y por agradarle». Jamás se entremetía en cosa que no estuviese a su cargo; así no veía falta de nadie, sino de sí. Sentía tanto que de ella se dijese ningún bien, que así traía cuenta con no le decir de nadie en su presencia, por no las dar pena.

Nunca procuraba consuelo, ni en irse a la huerta ni en cosa criada; porque, según ella dijo, grosería sería buscar alivio de los dolores que nuestro Señor le daba; y así nunca pedía cosa, sino lo que le daban: con eso pasaba. También decía que antes le sería cruz tomar consuelo en cosa que no fuese Dios. El caso es que, informándome yo de las de casa, no hubo ninguna que hubiese visto en ella cosa que pareciese sino de alma de gran perfección.

Pues venido el tiempo en que nuestro Señor la quiso llevar de esta vida, crecieron los dolores y tantos males juntos, que, para alabar a nuestro Señor de ver el contento como lo llevaba, la iban a ver algunas veces. En especial tuvo gran deseo de hallarse a su muerte el capellán que confiesa en aquel monasterio, que es harto siervo de Dios; que, como él la confesaba, tenía la por santa. Fue servido que se le cumplió este deseo, que como estaba con tanto sentido y ya oleada, llamáronle para que, si hubiese menester aquella noche reconciliarla o ayudarla a morir. Un poco antes de las nueve, estando todas con ella y él lo mismo, como un cuarto de hora antes que muriese, se le quitaron todos los dolores; y con una paz muy grande, levantó los ojos y se le puso una alegría de manera en el rostro, que pareció como un resplandor; y ella estaba como quien mira a alguna cosa que la da gran alegría, porque así se sonrió por dos veces. Todas las que estaban allí y el mismo sacerdote, fue tan grande el gozo espiritual y alegría que recibieron, que no saben decir más de que les parecía que estaban en el cielo. Y con esta alegría que digo, los ojos en el cielo, expiró, quedando como un ángel, que así podemos creer, según nuestra fe y según su vida, que la llevó Dios a descanso en pago de lo mucho que había deseado padecer por Él.

Afirma el capellán, y así lo dijo a muchas personas, que al tiempo de echar el cuerpo en la sepultura, sintió en él grandísimo y muy suave olor. También afirma la sacristana que de toda la cera que en su enterramiento y honras ardió, no halló cosa disminuida de la cera. Todo se puede creer de la misericordia de Dios. Tratando estas cosas con un confesor suyo de la Compañía de Jesús, con quien había muchos años confesado y tratado su alma, dijo que no era mucho ni él se espantaba, porque sabía que tenía nuestro Señor mucha comunicación con ella. Plega a Su Majestad, hijas mías, que nos sepamos aprovechar de tan buena compañía como ésta y otras muchas que nuestro Señor nos da en estas casas. Podrá ser que diga alguna cosa de ellas, para que se esfuercen a imitarlas las que van con alguna tibieza, y para que alabemos todas al Señor que así resplandece su grandeza en unas flacas mujercitas.

(Fundaciones, cap. XII)

XXV.

Trabajos y pobreza en la fundación de Toledo.

Estuvimos algunos días con los jergones y la manta, sin más ropa, y aun aquel día ni una seroja de leña no teníamos para asar una sardina, y no sé a quién movió el Señor que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña, con que nos remediamos. A las noches se pasaba algún frío, que le hacía; aunque con la manta y las capas de sayal que traemos encima nos abrigábamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me quería tanto, entrar con tanta pobreza. No sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud. Yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre; y ella no advirtió, por ventura; que más que lo que nos podía dar, le soy a cargo.

Ello fue harto bien para nosotras, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y la alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrada en las virtudes: como una contemplación suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo más de lo que quisiéramos el mismo Alonso Álvarez y otros. Y es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecía sino como si tuviera muchas joyas de oro y me las llevaran y dejaran pobre; así sentía pena de que se nos iba acabando la pobreza y mis compañeras lo mismo; que como las vi mustias, les pregunté qué habían, y me dijeron: «*¡Qué hemos de haber, Madre!: que ya no parece somos pobres*».

Desde entonces me creció deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales; pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud.

(*Fundaciones*, cap. XV)

XXVI.

En que se da cuenta de algunos sucesos notables de la fundación de Sevilla.

Yo, aunque siempre había rehusado mucho hacer monasterio de estos en Andalucía por algunas causas (que cuando fui a Beas, si entendiera que era provincia de Andalucía, en ninguna manera fuera, y fue el engaño que la tierra aún no es del Andalucía, de creo cuatro o cinco leguas adelante comienza, mas la provincia sí), como vi ser aquélla la determinación del prelado, luego me rendí (que esta merced me hace nuestro Señor, de parecerme que en todo aciertan), aunque yo estaba determinada a otra fundación, y aun tenía algunas causas que tenía, bien graves, para no ir a Sevilla.

Luego se comenzó a aparejar para el camino, porque la calor entraba mucha, y el padre comisario apostólico, Gracián, se fue al llamado del Nuncio, y nosotras a Sevilla

con mis buenos compañeros, el Padre Julián de Avila y Antonio Gaytán y un fraile descalzo. Ibamos en carros muy cubiertas, que siempre era esta nuestra manera de caminar; y, entradas en la posada, tomábamos un aposento, bueno o malo, como le había, y a la puerta tomaba una hermana lo que habíamos menester, que aun los que iban con nosotras no entraban allá. Por prisa que nos dimos, llegamos a Sevilla el jueves antes de la Santísima Trinidad, habiendo pasado grandísimo calor en el camino; porque, aunque no se caminaba las siestas, yo os digo, hermanas, que como había dado todo el sol a los carros, que era entrar en ellos como en un purgatorio. Unas veces con pensar en el infierno, otras pareciendo se hacía algo y padecía por Dios, iban aquellas hermanas con gran contento y alegría. Porque seis que iban conmigo eran tales almas, que me parece me atreviera a ir con ellas a tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza o, por mejor decir, se la diera nuestro Señor para padecer por Él, porque estos eran sus deseos y pláticas, muy ejercitadas en oración y mortificación, que como habían de quedar tan lejos, procuré que fuesen de las que me parecían más a propósito. Y todo fue menester, según se pasó de trabajos; que algunos, y los mayores, no los diré, porque podrían tocar en alguna persona.

Un día antes de Pascua de Espíritu Santo les dio Dios un trabajo harto grande, que fue darme a mí una muy recia calentura. Yo creo que sus clamores a Dios fueron bastantes para que no fuese adelante el mal; que jamás de tal manera en mi vida me ha dado calentura que no pase muy más adelante. Fue de tal suerte, que parecía tenía modorra, según iba enajenada. Ellas a echarme agua en el rostro, tan caliente del sol, que daba poco refrigerio. No os dejaré de decir la mala posada que hubo para esta necesidad: fue darnos una camarilla a teja vana; ella no tenía ventana, y si se abría la puerta, toda se henchía de sol. Habéis de mirar que no es como el de Castilla por allá, sino muy más importuno. Hiciéronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta y de otras tan baja, que no sabía cómo poder estar, porque parecía de piedras agudas. ¡Qué cosa es la enfermedad!, que con salud todo es fácil de sufrir. En fin, tuve por mejor levantarme, y que nos fuésemos, que mejor me parecía sufrir el sol del campo, que no de aquella camarilla. ¡Qué será de los pobres que están en el infierno, que no se han de mudar para siempre!, que aunque sea de trabajo a trabajo, parece es algún alivio. A mí me ha acaecido tener un dolor en una parte muy recio, y aunque me diese en otra otro tan penoso, me parece era alivio mudarse; así fue aquí. A mí ninguna pena, que me acuerde, me daba verme mala; las hermanas lo padecían harto más que yo. Fue el Señor servido que no duró más de aquel día lo muy recio.

Poco antes, no sé si dos días, nos acaeció otra cosa que nos puso en un poco de aprieto, pasando por un barco a Guadalquivir: que al tiempo del pasar los carros no era posible por donde estaba la maroma, sino que habían de torcer el río, aunque algo ayudaba la maroma, torciéndola también; mas acertó a que la dejasen los que la tenían, o no sé cómo fue, que la barca iba sin maroma ni remos con el carro. El barquero me hacía mucha más lástima verle tan fatigado, que no el peligro. Nosotras a rezar. Todos voces grandes. Estaba un caballero mirándonos en un castillo que estaba cerca, y movido de lástima envió quien ayudase, que aun entonces no estaba sin maroma y tenían de ella nuestros hermanos, poniendo todas sus fuerzas; mas la fuerza del agua los llevaba a todos de manera, que daba con alguno en el suelo. Por cierto

que me puso gran devoción un hijo del barquero, que nunca se me olvida: paréceme debía haber como diez u once años, que lo que aquél trabajaba de ver a su padre con pena, me hacía alabar a nuestro Señor. Mas como Su Majestad da siempre los trabajos con piedad, así fue aquí; que acertó a detenerse la barca en un arrenal, y estaba hacia una parte el agua poca, y así pudo haber remedio. Tuviéramosle malo de saber salir al camino, por ser ya noche, si no nos guiara quien vino del castillo. No pensé tratar de estas cosas, que son de poca importancia, que hubiera dicho hartas de malos sucesos de caminos. He sido importunada para alargarme más en éste.

Harto mayor trabajo fue para mí que los dichos lo que nos acaeció el postrer día de Pascua de Espíritu Santo. Dímonos mucha prisa por llegar de mañana a Córdoba para oír misa sin que nos viese nadie. Guiábbanos a una iglesia que está pasada la puente, por más soledad. Ya que íbamos a pasar, no había licencia para pasar por allí carros, que la ha de dar el corregidor. De aquí a que se trajo, pasaron más de dos horas, por no estar levantados, y mucha gente que se llegaba a procurar saber quién iba ahí. De esto no se nos daba mucho, porque no podían, que iban muy cubiertos. Cuando ya vino la licencia, no cabían los carros por la puerta de la puente; fue menester aserrarlos, o no sé qué, en que se pasó otro rato. En fin, cuando llegamos a la iglesia, que había de decir misa el padre Julián de Ávila, estaba llena de gente; porque era la vocación del Espíritu Santo, lo que no habíamos sabido, y había gran fiesta y sermón. Cuando yo esto vi, diome mucha pena, y, a mi parecer, era mejor irnos sin oír misa que entrar entre tanta baraúnda. Al padre Julián de Ávila no le pareció; y como era teólogo, hubímonos todas de llegar a su parecer; que los demás compañeros quizá siguieran el mío, y fuera más mal acertado, aunque no sé si yo me fiara de solo mi parecer. Apeámonos cerca de la iglesia, que aunque no nos podía ver nadie los rostros, porque siempre llevábamos delante de ellos velos grandes, bastaba vernos con ellos y capas blancas de sayal, como traemos, y alpargatas, para alterar a todos, y así lo fue. Aquel sobresalto me debía quitar la calentura del todo; que cierto, lo fue grande para mí y para todos. Al principio de entrar por la iglesia, se llegó a mí un hombre de bien a apartar la gente. Yo le rogué mucho nos llevase a alguna capilla. Hízolo así, y cerrola, y no nos dejó hasta tornarnos a sacar de la iglesia. Después de pocos días vino a Sevilla y dijo a un padre de nuestra Orden, que por aquella buena obra que había hecho pensaba que había Dios héchole merced que le habían proveído de una gran hacienda, o dado, de que él estaba descuidado. Yo os digo, hijas, que aunque esto no os parecerá quizá nada, que fue para mí uno de los malos ratos que he pasado, porque el alboroto de la gente era como si entraran toros. Así no vi la hora que salir de allí de aquel lugar; aunque no le había para pasar la siesta cerca, tuvimosla debajo de una puente. Llegadas a Sevilla a una casa que nos tenía alquilada el padre fray Mariano, que estaba avisado de ello, yo pensé que estaba todo hecho; porque —como digo— era mucho lo que favorecía el arzobispo a los Descalzos y habíame escrito algunas veces a mí mostrándome mucho amor. No bastó para dejarme de dar harto trabajo, porque lo quería Dios así. El es muy enemigo de monasterios de monjas con pobreza, y tiene razón. Fue el daño, o por mejor decir, el provecho, para que se hiciese aquella obra; porque si antes que yo estuviera en el camino se lo dijeran, tengo por cierto no viniera en ello. Mas teniendo por certísimo el padre comisario y el padre Mariano (que también fue mi ida de grandísimo contento para él) que le hacían grandísimo servicio en mi ida, no se lo dijeron antes; y, como digo, pudiera ser mucho yerro, pensando que

acertaban. Porque en los demás monasterios, lo primero que yo procuraba era la licencia del Ordinario como manda el santo Concilio; acá no sólo la teníamos por dada, sino, como digo, porque se le hacía gran servicio, como a la verdad lo era, y así lo entendió después; sino que ninguna fundación ha querido el Señor que se haga sin mucho trabajo mío: unos de una manera, otros de otra.

(Fundaciones, cap. XXIV)

XXVII.

De lo que pasó a la H. Beatriz de la Madre de Dios siendo niña.

De la primera que aquí entró quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto. Es una doncella, hija de padres muy cristianos, montañés el padre. Esta, siendo de muy pequeña edad, como de siete años, pidiola a su madre una tía suya para tenerla consigo, que no tenía hijos. Llevada a su casa, como la debía regalar y mostrar el amor que era razón, ellas debían tener esperanza que les había de dar su hacienda, antes que la niña fuese a su casa; y estaba claro que, tomándola amor, lo había de querer más para ella. Acordaron quitar aquella ocasión con un hecho del demonio, que fue levantar a la niña que quería matar a su tía y que para esto había dado a la una no sé qué maravedís que la trajese de solimán. Dicho a la tía, como todas tres decían una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña también, que es una mujer harto virtuosa.

Toma la niña y llévala a su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala mujer. Díceme la Beatriz de la Madre de Dios, que así se llama, que pasó más de un año que cada día la azotaba y atormentaba y hacía dormir en el suelo, porque le había de decir tan gran mal. Como la muchacha decía que no lo había hecho ni sabía qué cosa era solimán, parecióle muy peor, viendo que tenía ánimo para encubrirlo. Afligíase la pobre madre de verla tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se había de enmendar. Harto fue no se lo levantar la muchacha para librarse de tanto tormento; mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre verdad. Y como Su Majestad torna por los que están sin culpa, dio tan gran mal a las dos de aquellas mujeres, que parecía tenían rabia, y secretamente enviaron por la niña a la tía, y la pidieron perdón, y viéndose a punto de muerte, se desdijeron; y la otra hizo otro tanto, que murió de parto. En fin, todas tres murieron con tormento en pago del que habían hecho pasar a aquella inocente. Esto no lo sé de sola ella, que su madre, fatigada, después que la vio monja, de los malos tratamientos que la había hecho, me lo contó con otras cosas, que fueron hartos sus martirios; y no teniendo su madre más y siendo harto buena cristiana, permitía Dios que ella fuese el verdugo de su hija, queriéndola muy mucho. Es mujer de mucha verdad y cristiandad.

(Fundaciones, cap. XXVI)

XXVIII.

De varias mercedes que hizo el Señor a santa Teresa de Jesús.

Estando en el monasterio de Toledo y aconsejándome algunos que no diese el enterramiento de él a quien no fuese caballero, díjome el Señor: «Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. ¿Por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí? ¿O habéis vosotras de ser estimadas por linajes o por virtudes?».

Estando pensando una vez con cuánta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos debo andar mal y con muchas faltas, entendí: «*No puede ser menos, hija; procura en todo recta intención y desasimiento, y mirarme a mí, que vaya lo que hicieres conforme a lo que yo hice*».

Estando, pocos días después de esto que digo pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: «*Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad*». Parecíame a mí que, pues san Pablo dice del encerramiento de las mujeres –que me han dicho poco ha y aun antes lo había oído–, que esta sería la voluntad de Dios. Díjome: «*Diles que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos*».

Estando yo un día después de la octava de la Visitación encomendando a Dios a un hermano mío en una ermita del Monte Carmelo, dije al Señor, no sé si en mi pensamiento: «¿Por qué está este mi hermano adonde tiene peligro su salvación? Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle?». Parecíame a mí que no me quedara cosa que pudiera, por hacer. Díjome el Señor: «¡Oh, hija, hija!; hermanas son mías estas de la Encarnación ¿y te detienes? Pues ten ánimo; mira lo quiero Yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde pensáis perderán estotras casas, ganará lo uno y lo otro; no resistas, que es grande mi poder».

Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía doña Catalina de Cardona y cómo yo pudiera haber hecho más, según los deseos me da alguna vez el Señor de hacerlo, si no fuere por obedecer a los confesores, que si sería mejor no les obedecer de aquí adelante en eso, me dijo: «*Eso no, hija; buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace? En más tengo tu obediencia*».

Estando un día muy penada por el remedio de la Orden, me dijo el Señor: «*Haz lo que es en ti y déjame tú a Mí y no te inquietes por nada; goza del bien que te ha sido dado, que es muy grande; mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama*»

(Relaciones, III)

XXIX.

Sobre el temor de pensar si uno no está en gracia

«¿De qué te afliges, pecadorcilla? ¿Yo no soy tu Dios? ¿No ves cuán mal allí soy tratado? Si me amas, ¿por qué no te dueles de mí?» «Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas. Yo soy fiel. Nadie se perderá sin entenderlo. Engañarse ha quien se asegure por regalos espirituales. La verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia; mas nadie piense que por sí puede estar en luz, así como no podría hacer que no viniese la noche, porque depende de mí la gracia. El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender que no puede nada y que le viene de mí; porque aunque esté en ella, en un punto que yo me aparte, vendrá la noche. Esta es la verdadera humildad, conocer lo que puede y lo que yo puedo. No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden; pues quieres por escrito los de los hombres, ¿por qué piensas pierdes tiempo en escribir los que te doy?; tiempo vendrá que los hayas todos menester».

Un día después que vino, estando yo a la noche alabando a nuestro Señor por tantas mercedes como me había hecho, me dijo: «¿Qué me pides tú que no haga yo, hija mía?».

El día que se presentó el Breve, como yo estuviese con grandísima atención, que me tenía toda turbada, que aun rezar no podía, porque me habían venido a decir que nuestro padre estaba en gran aprieto, porque no le dejaban salir y había gran ruido, entendí estas palabras: «¡Oh mujer de poca fe!; sosiégate, que muy bien se va haciendo». Era día de la Presentación de nuestra Señora, año de mil y quinientos y setenta y cinco

(Relaciones, V y IX)

XXX.

Súplica de santa teresa de Jesús al Padre eterno por las presentes necesidades de la iglesia.

Padre santo que estás en los cielos, no sois Vos desagradecido para que piense yo dejaréis de hacer lo que os suplicamos para honra de vuestro Hijo. No por nosotros, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos, y de su Madre gloriosa, y de tantos mártires y santos como han muerto por Vos. ¡Oh, Padre eterno! mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo sea tenido en tan poco? Estase ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, quieren poner su Iglesia por el suelo, deshechos los templos, perdidas tantas almas, los sacramentos quitados. Pues ¡qué es esto mi Señor y mi Dios! O dad fin al mundo, o poned remedio en tan gravísimos males; que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si queréis podéis; algún medio ha de haber, Señor mío, póngale Vuestra Majestad. Habed lástima de tantas almas como se pierden y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor. Dad ya luz a estas tinieblas. Ya, Señor,

ya ¡haced que se sosiegue este mar!; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos.

(Camino de perfección)

XXXI.

Cómo se han de haber los pusilánimes y flacos.

No yendo con curiosidad, como dije al principio, sino tomando lo que Su Majestad nos diere a entender, tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en sus palabras y obras, como se holgaría y gustaría el rey si a un pastorcillo amase y le cayese en gracia y le viese embobado mirando el brocado y pensando qué es aquello y cómo se hizo. Que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor. De disputarlas y enseñarlas, pareciéndoles aciertan, sin que lo muestren a letrados, esto sí. Así que ni yo pienso acertar en lo que escribo (bien lo sabe el Señor), sino, como este pastorcillo que he dicho, consuélame, como a hijas mías, deciros mis meditaciones y serán con hartas boberías; y así comienzo, con el favor de este divino Rey mío y con licencia del que me confiesa.

Mirad una cosa que se me ofrece ahora y viene a propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimo flaco, que por la mayor parte serán mujeres, y aunque en hecho de verdad su alma haya llegado a este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueza natural nos hará perder una gran corona. Cuando os hallareis con esta pusilanimidad, acudid a la fe y humildad y no dejéis de acometer con fe, que Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza a muchas niñas santas, y se la dio para pasar tantos tormentos, como se determinaron a pasar por Él. De esta determinación quiere hacerle señor de este libre albedrío, que no ha menester Él nuestro esfuerzo de nada: antes gusta Su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprovechar las virtudes que Dios os ha dado, para hacer con determinación y dar de mano a las razones del entendimiento y a vuestra flaqueza y para no dar lugar a que crezca con pensar «si será, si no será», «quizá por mis pecados no mereceré yo que me dé fortaleza como a otros ha dado».

¡Oh Señor! Seáis bendito y alabado por siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh Dios mío y criador mío! ¿Es posible que hay nadie que no os ame? ¡Oh, triste de mí, y cómo soy yo la que mucho tiempo no os amé, porque no merecí conoceros! ¡Cómo baja sus ramas este divino manzano, para que unas veces las coja el alma considerando sus grandezas y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Señor nuestro de su Pasión, regando este árbol con su sangre preciosa con tan admirable amor!

(Conceptos del amor de Dios, cap. I, III y V)

De la hermosura y dignidad de nuestras almas.

Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice él tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza. Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen, para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos. Pues consideremos que este castillo tiene –como he dicho– muchas moradas, unas en lo alto, otras embajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vayáis advertidas a esta comparación. Quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible; que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas, cuánto más quien es tan ruin como yo. Porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciere, saber que es posible; y a quien no, para alabar su gran bondad; que así como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan, tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor; y amar una bondad tan buena y una misericordia tan sin tasa. Tengo por cierto que a quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad y del amor del prójimo. Porque si esto no es, ¿cómo nos podemos dejar de holgar de que haga Dios estas mercedes a un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas a nosotras, y de que Su Majestad dé a entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por

mostrarlas, como dijo del ciego que dio vista cuando le preguntaron los apóstoles si era por sus pecados o de sus padres. Y así acaece no las hacer por ser más santos a quien las hace que a los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en san Pablo y la Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas. Podrase decir que parecen cosas imposibles y que es bien no escandalizar los flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar a los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán a más amar a quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad; cuánto más que sé que hablo con quien no habrá este peligro, porque saben y creen que hace Dios aun muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia, porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras.

(*Moradas primeras, cap. I*)

XXXIII.

Cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal.

Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cae en un pecado mortal. No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber de que, con estarse el mismo sol que le daba tanto resplandor y hermosura todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de él, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha. Y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de él, no puede ser agradable a sus ojos; pues, en fin, el intento de quien hace un pecado mortal no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla. Yo sé de una persona a quien quiso nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar, aunque se pusiese a mayores trabajos que se pueden pensar por huir de las ocasiones. Y así le dio mucha gana que todos lo entendieran; y así os la dé a vosotras, hijas, de rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos hechos una oscuridad, y así son sus obras; porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres, porque proceden de esta fuente de vida, adonde el alma está como un árbol plantado en ella, que la frescura y fruto no tuviera si no le procediere de allí, que esto le sustenta y hace no secarse y que dé buen fruto; así el alma que por su culpa se aparta de esta fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad. Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella, y cosa no puede quitar su hermosura. Mas si sobre un

cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que, aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal.

(*Moradas primeras, cap. II*)

XXXIV.

Declara santa Teresa la oración por una comparación delicada.

Para darlo mejor a entender, me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin, y también para que veamos cómo, aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada, mas para que Su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho disponiéndonos. Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda, que sólo él pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente, que dicen que es a manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oído, y así si algo fuere torcido no es mía la culpa), con el calor, en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir; que hasta que hay este mantenimiento de que se sustentan, se está muerta; y con hojas de moral se crían, hasta que, después de grandes, les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados adonde se encierran; y acaba este gusano que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposica blanca, muy graciosa. Mas si esto no se viese, sino que nos lo contaran de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudiéramos sacar que una cosa tan sin razón como es un gusano y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditación basta esto, hermanas, aunque no os diga más, que en ello podéis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios. Pues ¿qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas y regalarnos en ser esposas de Rey tan sabio y poderoso. Tornemos a lo que decía. Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia, así de continuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones puede tener. Entonces comienza a vivir y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa. Pues crecido este gusano, –que es lo que en los principios queda dicho de esto que he escrito–, comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído *que nuestra vida está escondida en Cristo*, o en Dios, que todo es uno, o que *nuestra vida es Cristo*. En que esto sea o no, poco va para mi propósito.

(*Moradas quintas, cap. II*)

XXXV.

Cómo pasan las abominaciones de los pecadores dentro de Dios. Es mucho de aprovechar.

Hagamos ahora cuenta que es Dios como una morada o palacio muy grande y hermoso y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. ¿Por ventura puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse de este palacio? No, por cierto; sino que dentro en el mismo palacio, que es el mismo Dios, pasan las abominaciones y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. ¡Oh cosa temerosa y digna de gran consideración y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego, y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga ni se diga contra nosotras; que es la mayor maldad del mundo ver que sufre Dios nuestro Criador tantas a sus criaturas dentro en sí mismo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra que se dijo en nuestra ausencia y quizá con no mala intención. ¡Oh miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitaremos en algo este gran Dios? ¡Oh!, pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias, sino que de muy buena gana pasemos por todo y amemos a quien nos las hace, pues este gran Dios no nos ha dejado de amar a nosotras aunque le hemos mucho ofendido, y así tiene muy gran razón en querer que todos perdonen, por agravios que les hagan. Yo os digo, hijas, que aunque pasa de presto esta visión, que es una gran merced que hace nuestro Señor a quien la hace, si se quiere aprovechar de ella, trayéndola presente muy ordinario.

(Moradas sextas, cap. X)

XXXVI.

De cómo la humildad es la verdad.

Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad. No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirla por ninguna cosa; sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiéremos, en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable. Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante –a mi parecer sin considerarlo, sino de presto– esto: que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento, amén. De estas mercedes hace nuestro Señor al alma, porque como a verdadera esposa, que ya está determinada a hacer en todo su

voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de hacer y de sus grandezas. No hay para qué tratar de más, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho; que en cosas semejantes no hay que temer, sino que alabar al Señor porque las da; que el demonio, a mi parecer, ni aun la imaginación propia, tienen aquí poca cabida, y así el alma queda con gran satisfacción.

(*Moradas sextas, cap. X*)

XXXVII.

Cuánto ayuda lo temporal al camino espiritual.

Aunque parezca cosa no conveniente comenzar por lo temporal, me ha parecido que para que lo espiritual ande siempre en aumento es importantísimo, aunque en monasterios de pobreza no lo parece; mas en todas partes es menester haber concierto y tener cuenta con el gobierno y concierto de todo. Presupuesto primero que al prelado le conviene grandísimamente haberse de tal manera con las súbditas, que aunque por una parte sea afable y las muestre amor, por otra dé a entender que en las cosas sustanciales ha de ser riguroso y por ninguna manera blandear, no creo hay cosa en el mundo que tanto dañe a un prelado como no ser temido y que piensen los súbditos que pueden tratar con él como con igual, en especial para mujeres; que si una vez entienden que hay en el prelado tanta blandura que ha de pasar por sus faltas y mudarse por no desconsolar, será bien dificultoso el gobernarlas.

(*Modo de visitar los conventos, nº 2*)

XXXVIII.

¡Oh vida, vida!, ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu Vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas? ¿Qué haces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas? ¿Qué te consuela, oh ánima mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡Oh Señor, que vuestros caminos son suaves! Mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a servir no hallo cosa que me satisfaga para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. ¡Oh Dios mío y misericordia mía!, ¿qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor y con gran sabiduría, pues la misma sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéjase la voluntad, porque querría que nadie la estorbase a amaros, pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar y no ve cómo, puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo la estorba, aunque primero fue ayudada en la consideración de vuestras grandezas, adonde se hallan mejor las innumerables bajezas mías. ¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye sino Vos, Padre y Criador mío? Pues para entender Vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estáis dentro de mí? Este es mi desatino. Mas

¡ay Dios mío!, ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te deseará, pues la ganancia que de ti se puede sacar o esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan incierta y llena de peligros?

Muchas veces, Señor mío, considero que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso, puesto que, como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas y dejar de entender el alma a solas con su Criador, hace tenerle por deleite. Mas ¿qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma que solo pretende contentaros? ¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía por parecerle que le han de quitar de lo que posee; el de mi Dios mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh Bien mío, que esto hace que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastima la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder! Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar. Mas, Padre celestial mío, ¿no valdría más dejar estos deseos para cuando esté el alma con menos regalos vuestros y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán.

CARTAS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Al padre Gracián. –Toledo agosto 1576 (?)

Los seglares en caso de interés miran poco a la razón. Esa madre priora no le falta, que, como está mostrada a las sobras de Pastrana, hale quedado poca pobreza de espíritu, que a mí me daba pena y dará cada vez que entienda esto; porque estas casas, a gloria de Dios se han fundado sólo confiando en El, y así temo que, en comenzando a poner la confianza en medios humanos, nos ha de faltar algo de los divinos. Esto no lo digo por ese negocio, mas sé que no metiera ahí a su hija si no fuera de esa suerte. Mas a él se le debe tan poco, que Dios debe querer se haga así. La manera del visitar las descalzas está como enseñada de Dios. Sea por todo bendito.

No ha menester vuestra paternidad mandármelo, que yo lo doy por mandado y así lo haré. Y verdaderamente me dará gusto quitarme de este cansancio; sino que he miedo que hay más codicia en algunas casas de lo que yo querría; y plega a Dios que no

engañen a vuestra paternidad más que a mí. De esto me he agraviado más que de todo, a mi parecer. Y, a cuanto puedo entender de mí, estaba yo determinada, aunque no fuera vuestra paternidad prelado, no recibir sin decírselo, estando cerca, y aun, creo, lejos. Es imposible acertar en todo. El tiempo lo dirá; y, si andamos por dotes, peor.

Esta es información de la priora. Cuando me creo con mucha información, es para bien de las casas y negocios de ellas. No sé cómo pueden decir eso. Dios lo reciba y dé luz para que de aquí adelante se acierte mejor. Mas ¡qué de disculparme hago! Lo peor es que estoy tentadísima con quien he dicho...

Al ilustrísimo señor don Álvaro de Mendoza, obispo de Palencia. –Desde Ávila, 6 septiembre de 1577

Jesús sea siempre con vuestra señoría. Mucho contento me ha dado el casamiento de la señora doña María; y es verdad que, de la mucha alegría que me dio, no acababa de creerlo del todo; y así me ha sido gran consuelo verlo en su carta de vuestra señoría. Sea Dios bendito que tanta merced me ha hecho, que estos días en especial me ha traído bien desasosegada y cuidadosa y con gran deseo de ver quitado a vuestra señoría de tan gran cuidado, y tan a poca costa (según me dicen), que es casamiento bien honroso. En lo demás no puede ser todo cabal; harto más inconveniente fuera ser muy mozo. Siempre son más regaladas con quien tiene alguna edad; en especial lo será quien tiene tantas partes para ser querida. Plega a nuestro Señor sea muy enhorabuena, que no sé qué me pudiera venir al presente que tanto me holgara. Del mal de mi señora doña María me ha pesado. Plega a nuestro Señor no sea como suele. Acá se tendrá más particular cuidado que lo ordinario.

Pague nuestro Señor a vuestra señoría la limosna que ha venido a muy buen tiempo, porque ya no teníamos a qué acudir, aunque no me daba mucha pena. A Francisco de Salcedo le había dado más que a nosotras, que siempre confiamos en Dios. Díjome este otro día que quería escribir a vuestra señoría y sólo decir en la carta: «Señor, pan no tenemos». Yo no le dejé, porque tengo tanto deseo de ver a vuestra señoría sin deudas, que de mejor gana pasaré por que nos falte que no por ser alguna parte para acrecentar costas a vuestra señoría. Mas, pues Dios le da tanta caridad, espero en Su Majestad que lo acrecentará por otra parte. Plega a Él de guardar a vuestra señoría muchos años y llevarme a mí adonde le pueda gozar.

Muy determinado está el padre Gracián de no me dejar ir a la Encarnación; mas a Dios es el que temo, con que no hay cosa que al presente peor nos esté. Harto me huelgo de que vuestra señoría vaya atendiendo a su condición tan generosa para quitarse de ocasiones, como es la feria. Plega a Dios le aproveche, y a vuestra señoría me guarde más que a mí.

Son hoy 6 de setiembre.

Indigna sierva y súbdita de vuestra señoría,

Teresa de Jesús.

A Francisco de Salcedo, caballero de Ávila. –Desde Valladolid a fines de septiembre de 1568

Jesús sea con vuestra merced. Gloria a Dios que, después de siete u ocho cartas que no he podido excusar de negocios, me queda un poco para descansar de ellas en escribir estos renglones, para que vuestra merced entienda que con los suyos recibo mucho consuelo. Y no piense es tiempo perdido escribirme, que lo hemos menester a ratos, a condición que no me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi seso pena. ¡Como si en la vida de los mozos hubiera alguna seguridad! Désela Dios hasta que yo me muera, que después, por no estar allá sin él, he de procurar le lleve nuestro Señor presto.

Hable vuestra merced a este padre (san Juan de la Cruz), suplícoselo, y favorézcale en este negocio, que, aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto, él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo y propio para nuestro modo, y así creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia. Aunque ha poco tiempo, mas parece le tiene el Señor de su mano, que, aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios (y yo que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos), jamás le hemos visto una imperfección. Ánimo lleva; mas, como es solo, ha menester lo que nuestro Señor le da para que lo tome tan a pechos. El dirá a vuestra merced cómo acá nos va.

No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados, mas harto más pudiera yo alargarme en dar por ver a vuestra merced. Verdad es que merece más precio; que una monjilla pobre ¿quién la ha de apreciar? Vuestra merced que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto y se es él el mozo para traer manzanas, algo más es de apreciar. La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena, mas, como no tengo a Francisco de Salcedo, no sabemos a qué sabe ni lleva arte de saberlo. A Antonia digo escriba a vuestra merced, pues yo no puedo, más largo. Quédese con Dios. A mi señora doña Mencía beso las manos de su merced, y a la señora Ospedal.

Plega al Señor vaya adelante la mejoría de ese caballero desposado. No esté vuestra merced tan incrédulo, que todo lo puede la oración; y la sangre que tiene con vuestra merced podrá mucho. Acá ayudaremos con nuestro cornadillo. Hágalo el Señor como puede. Cierto, que tengo por más incurable la enfermedad de la desposada. Todo lo puede remediar el Señor. A Maridíaz, a la Flamenca, a doña María de Ávila (que la quisiera harto escribir, que a buen seguro que no la olvido) suplico a vuestra merced diga, de que la vea, me encomienden a Dios, y eso del monasterio. Su Majestad me guarde a vuestra merced muchos años, amén; que a usadas sea dicho si pasa éste sin que yo torne a ver a vuestra merced, según da la prisa la Princesa de Eboli.

Indigna sierva y verdadera de vuestra merced,

Teresa de Jesús, carmelita.

Torno a pedir en limosna a vuestra merced me hable a este padre, y aconseje lo que le pareciere para su modo de vivir. Mucho me ha animado el espíritu que el Señor le ha dado y la virtud entre hartas ocasiones, para pensar llevamos buen principio. Tiene harta oración y buen entendimiento; llévele el Señor adelante.

Al padre Gracián

Fragmento acerca de la admisión de una niña en el convento de Alba. –Ávila julio/agosto 1577 (?)

Antonio Gaytán ha estado aquí. Viene a pedir se le reciba en Alba su niña, que debe de ser como la mi Isabelita de edad. Escribenme las monjas que es en extremo bonita. Su padre le dará alimentos y después todo lo que tiene fuera del vínculo, que dicen serán seis o setecientos ducados y aun más; y lo que hace por aquella casa y ha trabajado por la Orden no tiene precio. Suplico a vuestra paternidad no me deje de enviar la licencia por caridad, y presto; que yo le digo que nos edifican estos ángeles y dan recreación. Como hubiese una en cada casa y no más, ningún inconveniente veo sino provecho...

Consolando a una persona afligida con la muerte de otra allegada suya

Jesús.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced y la dé fuerzas espirituales y corporales para llevar tan gran golpe como ha sido este trabajo, que, a no ser dado de mano tan piadosa y justa, no supiera con qué consolar a vuestra merced, según a mí me ha lastimado. Mas, como entiendo cuán verdaderamente nos ama este gran Dios y sé que vuestra merced tiene ya bien entendido la miseria y poca estabilidad de esta miserable vida, espero en Su Majestad dará a vuestra merced más y más luz para que entienda la merced que hace nuestro Señor a quien saca de ella conociéndole, en especial pudiendo estar cierta, según nuestra fe, que esta alma santa está adonde recibirá el premio conforme a los muchos trabajos que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia.

Esto he yo suplicado a nuestro Señor muy de veras y hecho que lo hagan estas hermanas, y que dé a vuestra merced consuelo y salud para que comience a pelear de nuevo en este miserable mundo. Bienaventurados los que están ya en seguridad. No me parece ahora tiempo para alargarme más, si no es con nuestro Señor en suplicarle

consuele a vuestra merced, que las criaturas valen poco para semejante pena, cuánto más tan ruines como yo. Su Majestad lo haga como poderoso y sea compañía de vuestra merced de aquí adelante, de manera que no eche menos la muy buena que ha perdido. Es hoy víspera de la Transfiguración.

Indigna sierva y súbdita de vuestra merced,

Teresa de Jesús.

Papel del venerable padre fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, relativo a otro de la Santa

Pregúntase: Si se puede recibir sin dote una pretendiente, que ofreció Laurencia admitir de gracia, cuándo le puede llevar

A Eliseo le parece que no, porque los prelados no son dueños de los derechos y hacienda de los conventos, sino administradores, y esto trátese con letrados, y verase ser así.

¡Oh, que murmurarán!

Respondo: Supuesto que es más servicio de Dios estotro, murmuren, que ya saben en Segovia la pobreza de aquella casa, y que a la que no lo tiene la reciben, como fue a lo que ahora se dio el hábito; pues la que lo tiene, no es menester hacer franquezas.

¿Y la honra de Laurencia?

Responda Laurencia, que tiene superior que lo ha de mandar, y que ella ya no puede nada en aquello. Y en lo que toca al mayor servicio de Dios, entienda Laurencia que, aunque ella esté de por medio, no se me da nada, que más quiero una hilachita de la honra de mi Jesús, y tantico de la Virgen María, señora mía y Madre mía de mi alma, que a cien mil Laurencias.

Pues ¿cómo se ha de obrar? ¿Hemos de traer pleitos?

Aquellos benditos licenciado Herrera y otros amigos, que allí hay, lo harán a su tiempo dándoles un poder; y Dios que sabe que aquello es hacienda de pobres, dará orden.

Duda general: ¿Si conviene mandar a Laurencia, que de aquí adelante no dé su palabra de recibir ninguna monja sin dar parte a Eliseo? Y esto hablo en todos los conventos, porque no nos veamos en aprieto de cumplir sus palabras dadas. Y Eliseo lo promete, delante de su Señor, de jamás dar licencia para nada, sin que sea su voluntad y su gusto. Dígolo, porque en aquella casa de Segovia dimos ahora el hábito a una; aunque es muy bonita, y no llegará a más de esto; la casa es muy pobre, y hay muy muchas monjas, y muy pocas; y aún en estotros monasterios, aunque hay mucha santidad, no

hay mucha ropa. Y si luego Laurencia se cree de cualquier confesor, y porque se confiese unos días en la Compañía, ya queda santificada, podría ser causa delante de mucho daño; que más vale buena esperanza que ruin posesión.

A la muy excelente e ilustrísima señora duquesa de Alba. –Desde Ávila 2 de diciembre de 1578

Jesús.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra excelencia siempre, amén. Por acá me han dicho unas nuevas que me tienen harto regocijada, de que está efectuado el desposorio del señor don Fadrique y de mi señora doña María de Toledo. Entendiendo yo el contento que será para vuestra excelencia, todos mis trabajos se me han templado con este contento. Aunque no lo sé de personas a quien yo pueda dar del todo crédito, mas de que dicen muchos indicios. Suplico a vuestra excelencia se sirva de avisarme, para que yo del todo esté alegre. Plega a nuestro Señor que sea para mucha honra y gloria suya, como yo espero que será, pues tanto ha que se le suplica.

Acá me han dicho la merced que su excelencia nos hace a todos. Yo digo a vuestra excelencia, que es tanta que...

Si su excelencia nos favorece en esto es como librarnos de la cautividad de Egipto. Hanme dicho que su excelencia ha mandado venga a este negocio el padre maestro fray Pedro Fernández. Es todo el bien que nos puede venir, porque conoce a los unos y a los otros. Parece traza venida del cielo. Plega a nuestro Señor guarde a su excelencia para remedio de pobres y afligidos. Muchas veces beso a su excelencia las manos por tan grande merced y favor, y a vuestra excelencia suplico me haga merced de poner mucho en esta venida del padre fray Pedro Fernández a esa Corte y dar calor en ello. Mire vuestra excelencia que este negocio toca a la Virgen nuestra Señora, que ha menester ser ahora amparada de personas semejantes en esta guerra que hace el demonio a su Orden, pues muchos y muchas no entraran en ella si pensaran estar sujetas a quien ahora las ponen. Ahora estamos muy más consoladas, después que gobiernan nuestros padres, y así espero en nuestro Señor ha de haber buen suceso. Plega a Su Majestad nos guarde a vuestra excelencia muchos años con la santidad que yo siempre le suplico, amén.

Fecha en San José de Ávila a 2 de diciembre.

Sierva de vuestra excelencia,

Teresa de Jesús.

A doña Inés Nieto. –Salamanca 17 septiembre 1579

Jesús.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Una carta de vuestra merced recibí y también me vino a hablar el capellán que la traía. Pague nuestro Señor a vuestra merced la merced que siempre me hace. Alcánzame tanta parte de los trabajos de vuestra merced, que si así los pudiese remediar, ya serían acabados. Mas como soy tan ruin, merezco poco delante de nuestro Señor. Sea por todo alabado, que, pues así lo permite, debe de convenir para que vuestra merced tenga más gloria. ¡Oh, mi señora, qué grandes son los juicios de este nuestro gran Dios! Vendrá tiempo que los precie vuestra merced más que cuantos descansos ha tenido en esta vida. Ahora duélenos lo presente; mas, si consideramos el camino que Su Majestad tuvo en esta vida y todos los que sabemos que gozan de su reino, no habría cosa que más nos alegrase que el padecer, ni la debe haber más segura para asegurar vamos bien en el servicio de Dios.

Esto me ha consolado ahora en la muerte de esta santa señora, mi señora la marquesa de Velada, que la he sentido muy tiernamente; que lo más de su vida fue de cruz y así espero en Dios esté gozándose ya en aquella eternidad que no tiene fin. Vuestra merced se anime, que cuando se pasen estos trabajos —y será presto, con el favor de Dios— se holgará vuestra merced y el señor Albornoz de haberlos pasado y sentirán el provecho en sus almas. A su merced beso las manos. Harto quisiera yo hallar a vuestra merced aquí, que ya sé me hiciera en todo merced. Hágalas nuestro Señor a vuestra merced como puede y yo lo suplico.

Son 17 de septiembre.

Indigna sierva de vuestra merced,

Teresa de Jesús.

A don Jerónimo Reinoso, canónigo de la santa iglesia de Palencia. –Desde Ávila, 9 septiembre 1581

Jesús.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Ya estoy en Ávila, mi padre, adonde de buena gana fuera de nuevo hija de vuestra merced si aquí estuviera, porque es mucha la soledad que hallo en este pueblo de con quien me consolar en este caso. Dios lo remedie, que mientras más voy, menos hallo en qué le tener en esta vida. Llegué aquí no buena, con una calenturilla que había causado cierta ocasión. Ya estoy buena, y parece que el cuerpo está aliviado de que no ha de caminar tan presto; que yo digo a vuestra merced que estos caminos son harto cansosos, aunque no lo puedo decir por el que fui desde ahí a Soria, que antes me fue recreación, porque era llano y

muchas veces a vista de ríos, que me hacía harta compañía. Nuestro buen racionero habrá dicho a vuestra merced lo que pasamos en éste.

Cosa extraña es que ninguna persona me quiere hacer merced, que se escape de trabajar mucho, y dales Dios caridad para gustar de ello, como ha hecho a vuestra merced. Mire que no deje de escribirme alguna letra cuando haya con quién, aunque se canse, que yo le digo que hay bien poco en que tener descanso, y trabajos muchos. Holgádome he que entrase Dionisia. Suplico a vuestra merced lo diga a su pariente, el correo mayor, y le dé un recaudo de mi parte, y a mí no olvide de encomendarme a Dios. Como ha poco que vine no faltan visitas, y así hay poco lugar de tomar alivio con hacer esto. Al señor don Francisco beso las manos de su merced. A vuestra merced guarde nuestro Señor con el aumento de santidad que yo le suplico, amén.

Son hoy 9 de septiembre.

Indigna sierva de vuestra merced e hija,

Teresa de Jesús.

A don Pedro Castro y Nero. –Ávila 28 noviembre 1581

Jesús sea con vuestra merced y pague Su Majestad el contento que hoy me ha dado y ayudado junto a mi deseo, que si vuestra merced no hace de su parte lo que pudiere para cumplírmelo, creo me fuera mejor no haberlo conocido, según lo he de sentir; y es el trabajo que no me contento yo de que se vaya vuestra merced al cielo, sino que ha de ser mucha cosa en la Iglesia de Dios. Harto le he pedido hoy que no consienta emplear vuestra merced ese entendimiento tan bueno en cosa que no sea para esto.

Estas hermanas besan a vuestra merced las manos y hanse consolado mucho. Hágame saber si fue cansado y cómo está, y no por letra; porque con todo que me alegro en ver la de vuestra merced, no querría cansarle sino lo menos que pudiese, que no dejará de ser harto. Yo lo estoy esta tarde con un padre de la Orden, aunque me ha quitado enviar mensajero a la marquesa, que va por Escalona. La carta va a Alba muy cierta. Y yo lo soy hija y sierva de vuestra merced,

Teresa de Jesús.

A la M. María de san José, priora de Sevilla. –Desde Toledo 9 de enero 1577

Jesús sea con ella, hija mía. Antes que se me olvide: ¿cómo nunca me dice nada de mi padre fray Bartolomé de Aguilar, el dominico? Pues yo le digo que le debemos harto, que el mucho mal que me dijo de la otra casa que teníamos comprada, fue principio de salir de ella; que cada vez que se me acuerda la vida que tuvieron, no me harto de dar

gracias a Dios. Sea por todo alabado. Crea que es muy bueno y que, para cosas de religión, que tiene más experiencia que otro. No querría que dejase alguna vez de llamarle, que es muy buen amigo y bien avisado, y no se pierde tener tales personas un monasterio. Ahí le escribo; envíele la carta.

Antes que se me olvide: en gracia me ha caído la memoria que me enviaron de las limosnas y lo mucho que cuentan que han ganado. Plega a Dios que digan verdad, que harto me holgaría, sino que es una raposa, y pienso que viene con algún rodeo; y aun de su salud he miedo de otro tanto, según estoy contenta. La nuestra priora de Malagón se está así. Harto he pedido a nuestro padre que me escriba si el agua de Loja aprovecha llevado tan lejos, para enviar por ello; acuérdeselo vuestra reverencia. Hoy le he enviado una carta con un clérigo, que iba a su paternidad solamente para un negocio, que me holgué harto, y así no le escribo ahora. Harta caridad me hace de enviarme sus cartas; mas entienda cierto que, aunque no vengán, serán bien recibidas las de vuestra reverencia; de eso esté sin miedo. Ya envié a doña Juana de Antisco todo su recaudo; aún no ha viado a venir respuesta. Para personas semejantes, aunque se ponga algo del convento no importa, en especial no teniendo la necesidad que teníamos a los principios; porque, cuando se tiene, más obligada está a sus hijas.

¡Oh, qué vana estará ella ahora con ser medio provinciala! y ¡qué en gracia me cayó cómo dice con tanto desdén: «ahí envían esas coplas las hermanas»!, y será ella la trazadora de todo. No creo será malo, pues como dice no hay allá quien la diga nada, que, para que no se desvanezca, se lo diga yo de acá. Al menos no quiere decir necesidad, ni hacer, que bien se le parece. Plega a Dios que vaya siempre el intento en su servicio, que no es esto muy malo. Riéndome estoy de verme cargada de cartas y qué despacio me pongo a escribir cosas impertinentes. Muy bien la perdonaré la alabanza de que sabrá llevar a la de las barras de oro, si sale con ello; porque en gran manera las deseo ver sin cuidado aunque va mi hermano tan adelante en virtud, que de buena gana las socorrería en todo.

Donosa está en no querer que sea otra como Teresa. Pues sepa, cierto, que si esta mi Bela tuviera la gracia natural que la otra y lo sobrenatural (que verdaderamente veíamos obraba Dios algunas cosas en ella), que el entendimiento y habilidad y blandura, de que se puede hacer de ella lo que quisieren, que lo tiene mejor. Es extraña la habilidad de esta criatura, que con unos pastorcillos malaventurados y unas monjillas y una imagen de nuestra Señora que tiene, no viene fiesta que no hace una invención de ello en su ermita o en la recreación, con alguna copla, a que ella da buen tono, y la hace, que nos tiene espantadas. Sólo tengo un trabajo: que no sé cómo le poner la boca, porque la tiene frigidísima y se ríe muy fríamente, y siempre se anda riendo. Una vez la hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ría. Ella dice que no tiene la culpa, sino la boca, y dice verdad. Quien ha visto la gracia de Teresa en cuerpo y en todo, echarlo ha más de ver, que así lo hacen acá, aunque yo no lo confieso, y a ella se lo digo en secreto. No lo diga a nadie, que gustaría si viese la vida que traigo en ponerle la boca. Creo, como sea mayor, no será tan fría; al menos no lo es en los dichos. Hela aquí pintadas sus muchachas, para que no piense que le miento en que hace ventaja a la otra. Por que se ría se lo he dicho. De cuanto trabajo le doy de traer y llevar cartas, no haya miedo que yo se le quite.

Harto en gracia me han caído las coplas que vinieron de allá; envíelas a mi hermano las primeras y alguna de las otras, que no venían todas concertadas. Creo las podrían mostrar al santo viejo decir que en eso pasan las recreaciones, que todo es lenguaje de perfección; que cualquier entretenimiento es justo a quien tanto se debe. Es cosa que me espanta tanta caridad. Sepa que paran a nuestro padre Garcíálvarez cual la mala ventura, que dicen las tiene muy soberbias; dígaselo. Ahora están temiendo lo que las han de escribir, que les dijo mi hermano que le había enviado su carta para que respondiesen. Y han de saber que ninguna trae jerguilla ni la ha traído acá sino yo; que aun ahora con todos los hielos que ha hecho, no he podido traer otra cosa —por los riñones, que temo mucho este mal— y tanto dicen, que se me hace ya escrúpulo; y como me tomó nuestro padre la muy vieja que tenía de jerga gruesa, no sé qué hacer. Dios las perdone. Con todo, digo que la calor de ahí no sufre otra cosa sino sayas delgadas. Los hábitos no lo anden, que en esotro poco va. Hasta que traigan lo que me envía el mi santo prior, no sé qué hacer de escribirle, porque no puedo decir que lo he recibido; escribirle he con el arriero.

¡Oh Jesús, qué obligada me tiene de lo que hace por ellas!; y que nos hemos reído con la carta de mi Gabriela, y puéstonos gran devoción la diligencia que traen los santos y la mortificación de mi buen Garcíálvarez. Harto los encomiendo a Dios. Dele muchas encomiendas mías, y a todas, que a cada una querría escribir por sí, según las amo. Cierto, las quiero particularmente mucho; no sé qué se es. A su madre de la portuguesa me encomiende, y a la Delgada. ¿Cómo nunca me dice de Bernarda López? Lea esa carta para Paterna y si no va bien enmiéndelo como superiora de aquella casa. Yo le doy la ventaja de que acertará mejor lo que conviene. Dios le pague lo que hace con ellas —hablando ahora en veras— que harto me consuela. Lástima es que no sé acabar. Plega a Dios no se haya mostrado a encantar, como nuestro padre. Dios la encante y enajene en Sí, amén, amén.

De vuestra reverencia sierva,

Teresa de Jesús.

Abra esa carta de la priora de Paterna y léala, que se cerró por yerro; y lea ésa del prior de las Cuevas que todavía le escribí (aunque con tanta prisa que no sé qué he dicho), y ciérrela.

A su hermano don Lorenzo de Cepeda. –Desde Toledo 17 enero 1577

Jesús sea con vuestra merced. Ya dije en la que llevó el de Alba, que las sardinas vinieron buenas y los confites a buen tiempo, aunque quisiera yo más se quedara vuestra merced con los mejores. Dios se lo pague. De ninguna cosa me envíe ya nada, que cuando yo lo quiera lo pediré. Mucho enhorabuena se pase a nuestro barrio. Todavía lo mire mucho esto del cuarto que digo, que si no se remedia estaba peligroso, y sí había, que ha esto mucho. Con todo se mire.

Cuanto a lo del secreto de lo que me toca, no digo que sea de manera que obligue a pecado, que soy muy enemiga de esto y podríase descuidar; basta que sepa que me dará pena. Lo de la promesa ya me había dicho mi confesor que no era válida, que me holgué harto, que me tenía con cuidado. También de la obediencia que me tiene dada le dije; que me ha parecido sin camino. Dice que bien está, mas que no sea promesa a mí ni a nadie; y así no la quiero con promesa, y aun lo demás se me hace de mal; mas por su consuelo paso por ello, a condición que no la prometa a nadie. Holgádome he que vea que le entiende fray Juan, como tiene experiencia; y aun Francisco tiene algún poco, mas no lo que Dios hace con vuestra merced. Bendito sea por siempre sin fin. Bien está con entrambos ahora.

¡Bueno anda nuestro Señor! Paréceme que quiere mostrar su grandeza en levantar gente ruin, y con tantos favores, que no sé qué más ruin que entrambos. Sepa que ha más de ocho días que ando de suerte que, a durarme, pudiera mal acudir a tantos negocios. Desde antes que escribiese a vuestra merced me han tornado los arrobamientos, y hame dado pena; porque es (cuando han sido algunas veces), en público, y así me ha acaecido en maitines. Ni basta resistir ni se puede disimular. Quedo tan corridísima que me querría meter no sé dónde. Harto ruego a Dios se me quite esto en público; pídaselo vuestra merced, que trae hartos inconvenientes y no me parece es más oración. Ando estos días como un borracho, en parte; al menos entiéndese bien que está el alma en buen puesto; y así, como las potencias no están libres, es penosa cosa entender en más que lo que el alma quiere.

Había estado antes casi ocho días que muchas veces ni un buen pensamiento no había remedio de tener, sino con una sequedad grandísima; y, en forma, me daba en parte gran gusto, porque había andado otros días antes como ahora, y es gran placer ver tan claro lo poco que podemos de nosotros. Bendito sea el que todo lo puede, amén. Harto he dicho. Lo demás no es para carta ni aun para decir. Bien es alabemos a nuestro Señor el uno por el otro; al menos, vuestra merced por mí, que no soy para darle gracias las que le debo, y así he menester mucha ayuda.

De lo que vuestra merced me dice que ha tenido, no sé qué le diga, que, cierto, es más de lo que entenderá y principio de mucho bien, si no lo pierde por su culpa. Ya he pasado por esa manera de oración, y suele después descansar el alma y anda a las veces entonces con algunas penitencias. En especial, si es ímpetu bien recio, no parece se puede sufrir sin emplearse el alma en hacer algo por Dios; porque es un toque que da al alma de amor, en que entenderá vuestra merced, si va creciendo, lo que dice no entiende de la copla; porque es una pena grande y dolor, sin saber de qué, y sabrosísima. Y aunque en hecho de verdad es herida que da el amor de Dios en el alma, no se sabe adónde ni cómo, ni si es herida ni qué es, sino siéntese ese dolor sabroso que hace quejar, y así dice:

Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.

Porque cuando de veras está tocada el alma de este amor de Dios, sin pena ninguna se quita el que se tiene a las criaturas, digo de arte que esté el alma atada a ningún amor; lo que no se hace estando sin este amor de Dios; que cualquiera cosa de las criaturas, si mucho se aman, da pena; y apartarse de ellas, muy mayor. Como se apodera Dios en el alma, vala dando señorío sobre todo lo criado, y aunque se quita aquella presencia y gusto (que es de lo que vuestra merced se queja), como si no hubiese pasado nada cuanto a estos sentidos sensuales, que quiso Dios darles parte del gozo del alma, no se quita de ella ni deja de quedar muy rica de mercedes, como se ve después, andando el tiempo, en los efectos.

De esas torpezas después, de que vuestra merced me da cuenta, ningún caso haga; que, aunque eso yo no lo he tenido —porque siempre me libró Dios por su bondad de esas pasiones—, entiendo debe ser que, como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural; irase gastando con el favor de Dios, como no haga caso de ello. Algunas personas lo han tratado conmigo. También se quitarán esos estremecimientos; porque el alma, como es novedad, espántase, y tiene bien de qué se espantar. Como sea más veces, se hará hábil para recibir mercedes. Todo lo que vuestra merced pudiere, resista esos estremecimientos y cualquier cosa exterior, por que no se haga costumbre, que antes estorba que ayuda.

Eso del calor que dice que siente, ni hace ni deshace, antes podrá dañar algo a la salud si fuere mucho; mas también quizá se irá quitando como los estremecimientos. Son esas cosas, a lo que yo creo, como son las complexiones; y como vuestra merced es sanguíneo, el movimiento grande de espíritu con el calor natural, que se recoge a lo superior y llega al corazón, puede causar eso; mas, como digo, no es por eso más la oración.

Ya creo he respondido al «quedar después como si no hubiese pasado nada». No sé si lo dice así san Agustín: *que pasa el espíritu de Dios sin dejar señal, como la saeta, que no la deja en el aire*. Ya me acuerdo que he respondido a esto; que ha sido multitud de cartas las que he tenido después que recibí las de vuestra merced, y aún tengo ahora por escribir hartas, por no haber tenido tiempo para hacer esto.

Otras veces queda el alma que no puede tornar en sí en muchos días, sino que parece como el sol, que los rayos dan calor y no se ve el sol; así parece el alma tiene el asiento en otro cabo, y anima al cuerpo no estando en él, porque está alguna potencia suspendida.

Muy bien va en el estilo que lleva de meditación, gloria a Dios; cuando no tiene quietud, digo. No sé si he respondido a todo; que siempre torno otra vez a leer su carta, que no es poco tener tiempo, y ahora no sino a remiendos la he tornado a leer. Ni vuestra merced tome ese trabajo en tornar a leer las que me escribe. Yo jamás lo hago. Si faltaren letras, póngalas allá, que así haré yo acá a las suyas —que luego se entiende lo que quiere decir—, que es perdido tiempo sin propósito.

Para cuando no se pudiere bien recoger al tiempo que tiene oración, o cuando tuviere gana de hacer algo por el Señor, le envío ese cilicio, que despierta mucho el amor a

condición que no se lo ponga después de vestido en ninguna manera, ni para dormir. Puédese sentar sobre cualquier parte, y ponerle que dé desabrimiento. Yo lo hago con miedo: como es tan sanguíneo, cualquiera cosa podría alterar la sangre; sino que es tanto el contento que da (aunque sea una nadería como ésta) hacer algo por Dios cuando se está con ese amor, que no quiero lo dejemos de probar. Como pase el invierno, hará otra alguna cosilla, que no me descuido. Escríbame cómo le va con esa niñería. Yo le digo que cuando más justicias queramos hacer en nosotros, acordándonos de lo que pasó nuestro Señor, lo es. Riéndome estoy cómo él me envía confites, regalos y dineros, y yo cilicios.

A Aranda me encomiende y que eche un poco de esas pastillas en el aposento de vuestra merced, o cuando esté al brasero, que son muy sanas y puras, de descalzas, que todo lo que tienen no es curioso; aunque más mortificado quiera ser, las puede echar. Para reumas y cabeza son bonísimas. Ese envoltorio pequeño mande vuestra merced se dé a doña María de Cepeda en la Encarnación. Sepa que está concertada de entrar en el su monasterio de Sevilla una muy buena monja, y tiene seis mil ducados sin ningún embarazo, y antes que entre ha dado unos tejuelos de oro que valen dos mil; y pone tanto en que se comience a pagar la casa de ellos, que la priora lo hace, y escríbeme que pagará ahora tres mil. Mucho me he alegrado, que era gran carga la que tenían. En fin, como profese se pagará luego toda, y aun quizá antes. Encomiéndelo vuestra merced a Dios y dele gracias, que así acaba la obra que vuestra merced comenzó.

Nuestro Padre Visitador ha andado en los conciertos; bueno está y visitando las casas. Es cosa que espanta cuán sosegada tiene la provincia y lo que le quieren. Bien le lucen las oraciones, y la virtud y talentos que Dios le dio. El sea con vuestra merced y me le guarde, que no sé acabar cuando hablo con él. Todos se le encomiendan mucho; yo a él. A Francisco de Salcedo siempre le diga mucho de mí. Tiene razón de quererle, que es santo. Muy bien me va de salud.

Hoy son diecisiete de enero.

Indigna sierva de vuestra merced,

Teresa de Jesús.

Al obispo envié a pedir el libro, porque quizá se me antojará de acabarle con lo que después me ha dado el Señor, que se podría hacer otro y grande, y si el Señor quiere acertase a decir; y si no, poco se pierde.

Unas cosillas vinieron de Teresa en el arquilla; ahí van. Esa bolilla es para Pedro de Ahumada, que como está mucho en la iglesia, debe haber frío en las manos. Yo no he menester ahora dineros. Nuestro Señor pague a vuestra merced el cuidado y me le guarde, amén. Bien puede encomendar a la priora de Valladolid lo de los dineros, que lo hará muy bien, que tiene un mercader gran amigo de aquella casa y mío, y buen cristiano.

Al P. Juan Ordóñez de la Compañía de Jesús. –Desde Ávila 27 julio 1573

Jesús.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Quisiera tener mucho lugar y salud para decir algunas cosas que importan, a mi parecer; y he estado tal —aun, después que se fue el mozo, sin comparación peor que antes— que haré harto en lo que diré; y soy tan pesada, que por mucho que quiera acortar irá largo. Esta casa de la Encarnación se ve notablemente hacerme gran mal. Plega a Dios se merezca algo.

Como este nuestro negocio parece va ya de suerte de acabarse, hame dado mucho más cuidado, en especial después que vi hoy la carta del padre visitador que lo remite al padre maestro fray Domingo y a mí, y escríbele una carta en que para esto nos da sus veces; porque siempre soy tímida en cosa que yo he de tener algún voto; luego me parece lo he de errar todo. Verdad es que antes lo he encomendado al Señor y por acá lo han hecho.

Paréceme, padre mío, que hemos menester mucho mirar todos los inconvenientes; porque, a no salir bien, a vuestra merced y a mí ha de cargar la culpa Dios y el mundo, no dude; y así no se le dé a vuestra merced nada que se concluya quince días más o menos. Contentádome ha lo que vuestra merced dice en su carta de que la priora para solas esas dos cosas tenga que hacer en ello, porque crea que es menester mucho hacerse de manera que, por hacer una buena obra, no se quite de otra, como vuestra merced dice.

Cuanto al ser tantas, como vuestra merced decía, siempre me descontentó; porque entiendo es tan diferente enseñar mujeres e imponerlas muchas juntas a enseñar mancebos, como de lo negro a lo blanco. Y hay tantos inconvenientes en ser muchas para no se hacer cosa buena, que yo no los puedo ahora decir, sino que conviene haya número señalado, y cuando pasare de cuarenta es muy mucho y todo baratería: unas a otras se estorbarán para que no se haga cosa buena. En Toledo me he informado que son treinta y cinco, que no pueden pasar de allí. Yo digo a vuestra merced que hayan menester tantas mozas y tanto ruido, que no conviene en ninguna manera. Si por esto no quisieren algunos dar limosna, váyase vuestra merced su poco a poco, que no hay prisa, y haga su congregación santa, que Dios ayudará, y por la limosna no hemos de quebrar en la sustancia.

Será también menester que, para elegir las que han de entrar que convengan, haya otros dos votos con la priora. Estos se mirará mucho. Si lo quisiese hacer el prior de San Andrés no sería malo, y algún regidor o entrambos regidores, y para que tomen las cuentas del gasto; que no ha de entender la priora en esto, ni verlo ni oírlo, como desde luego dije. Será menester ver las calidades que han de tener las que han de entrar y los años que han de estar. Eso allá se verá entre vuestra merced y el padre maestro, y todo lo que fuere a él ha de estar consultado con el padre provincial de la Compañía y con el padre Baltasar Álvarez.

Serán menester otras cosas hartas. Allá tratamos algunas, en especial no salir; mas las que me parece que importan en gran manera son las dos primeras, porque tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas: ¡Dios nos libre!

En lo que dice vuestra merced (que me parece me lo escribe la priora) de no quitar ahora el censo, vuestra merced entienda que no puede entrar la señora doña Jerónima, ni yo tengo licencia para que entre, si no es quitándose primero el censo, o tomándolo la señora doña Elena sobre su hacienda, de manera que la casa no gaste nada en pagar réditos y que quede libre; porque entiendo que por sólo esto dio la licencia el padre provincial, y es hacer fraude, a mi entender. En fin, no lo puedo hacer. Bien veo yo es mucha carga todo eso para la señora doña Elena. Tómese medio: o se detenga el labrar de la iglesia, o la señora doña Jerónima no entre tan presto; y esto es lo mejor, que tendrá más edad.

Háseme ofrecido no sea armar mucho sobre fundamento que se caiga, porque esa señora no sabemos si perseverará. Todo lo mire vuestra reverencia mucho. Más vale hacerse en algunos años, y que dure, que no que se haga cosa que tengan que reír; y poco iba, si no se desdorase la virtud.

También es de advertir, si nosotras desde ahora admitimos ese medio, con quién se ha de atar, porque no parece hay cosa segura de presente, y dirá el padre visitador que qué ne[cesidad]... vemos para hacer escrituras. De todo esto estaba yo libre de mirar, si lo hiciera el padre visitador; ahora habré de hacerme algo, sin serlo.

Suplico a vuestra merced dé mucho mis encomiendas al señor Asensio Galiano y le dé a leer ésta. Siempre me hace merced en todo, que harto me he holgado que mis cartas estén ya en seguridad. Esta mi ruin salud me hace caer en muchas faltas. Ana de san Pedro no tiene en tan poco sus hijas que las lleve allá, ni le pasa por pensamiento. En pasando mañana me voy, si no me da otro mal de nuevo, y ha de ser grande cuando me lo estorbe. Ya llevaron todas las cartas a san Gil aun no han traído respuesta; mañana, martes, se procurará.

Indigna sierva e hija de vuestra merced,

Teresa de Jesús.

ESCRITOS SUELTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Cédula del día de su nacimiento

Miércoles día de san Bertoldi, de la Orden del Carmen, a 29 días de marzo de 1515, a las cinco de la mañana, nació Teresa de Jesús, la pecadora.

Oración de la santa Madre Teresa de Jesús para pedir a Dios su santo amor.

Dios mío, pues sois la misma caridad y amor, haced que esta virtud se perfeccione en mí, de manera que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio. Ámeos yo, tesoro único y cumplida gloria mía, sobre todo lo criado, y a mí en Vos, por Vos y para Vos, y a mi prójimo de la misma manera, llevando sus cargas como quiero que me lleven las mías, y a todo lo que hay fuera de Vos, solo en cuanto me ayudare a ir a Vos, gozándome como me gozo de que os améis perfectamente y de que os amen continuamente vuestros ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo y visto a la clara, y los justos en esta vida conocido por lumbre de fe, teniéndooos por único y sumo bien, fin y centro de su afición y amor. Quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores del mundo hicieran lo mismo. Con vuestro favor tengo de ayudar a que lo hagan así.

Aviso para sacar fruto de las persecuciones.

Para que las persecuciones e injurias dejen en el alma fruto y ganancia, es bien considerar, que primero se hacen a Dios que a mí; porque cuando llega a mí el golpe, ya está dado a esta Majestad por el pecado.

Y también, que el verdadero amador ya ha de tener hecho concierto con su Esposo de ser todo suyo, y no querer nada de sí: pues si Él lo sufre, ¿por qué no lo sufriremos nosotros? El sentimiento había de ser por la ofensa de su Majestad, pues a nosotros no nos toca en el alma, sino en esta tierra de este cuerpo, que tan merecido tiene el padecer.

Morir y padecer, han de ser nuestros deseos.

No es ninguno tentado más de lo que puede sufrir.

No se hace cosa sin la voluntad de Dios. “Padre mío, carro sois de Israel y guía de él”, dijo Eliseo a Elías.

Breve plática que santa Teresa hizo al salir de su convento de Valladolid, tres semanas antes que muriese.

Hijas mías, harto consolada voy de esta casa, y de la perfección que en ella veo, y de la pobreza, y de la caridad, que unas tienen con otras; y si va como ahora, nuestro Dios les ayudará mucho.

Procure cada una, que no falte por ella un punto lo que es perfección de religión.

No hagan los ejercicios de ella como por costumbre, sino haciendo actos heroicos, y cada día de mayor perfección.

Dense a tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no se puedan poner por obra.

Relación de un favor espiritual.

Estando un día en el convento de Beas me dijo nuestro Señor que pues era su esposa, que le pidiese: que me prometía que todo me lo concedería cuanto yo le pidiese, y por señas me dio un anillo hermoso con una piedra a modo de amatista, mas con un resplandor muy diferente de acá, y me lo puso en el dedo. Esto escribo por mi confusión viendo la bondad de Dios y mi ruin vida, que merecía estar en los infiernos, mas ay, hijas, encomiéndenme a Dios y sean devotas de san José, que puede mucho, esta bobería escribo...

Alocución de santa Teresa a las monjas de la Encarnación de Ávila, cuando, habiendo ya renunciado la regla mitigada, fue a ser prelada de aquel convento, año 1571.

Señoras, madres y hermanas mías: nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa, para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuán lejos de merecerlo.

Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque a vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto. Y priora tal que haría harto si acertase a aprender de la menor que aquí está, lo mucho bueno que tiene.

Solo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y a esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera: aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad.

Hija soy de esta casa y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, o de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades; no hay para qué vuestras mercedes se extrañen de quien es tan propia suya.

No teman mi gobierno, que, aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es, que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda la Regla y Constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor, a quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande: pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención y deseo.

Vejamen dado por santa Teresa a varios escritos sobre un punto de mística, por mandado del obispo de Ávila, don Álvaro de Mendoza.

Jesús.

Si la obediencia no me forzara, cierto yo no respondiera, ni admitiera la judicatura por algunas razones, aunque no por la que dicen las hermanas de acá, que es entrar mi hermano entre los opositores que parece la afición ha de hacer torcer la justicia: porque a todos los quiero mucho, como quien me ha ayudado a llevar mis trabajos, que mi hermano vino a el fin de beber el cáliz, aunque le ha alcanzado alguna parte, y alcanzará más, con el favor del Señor. El me dé gra[cia] para que no diga algo que merezca denuncia en la Inquisición, según está la cabeza de las muchas cartas y negocios que he escrito desde anoche acá. Mas la obediencia todo lo puede, y así haré lo que V. S. manda, bien o mal. Deseo he tenido de holgarme un rato con los papeles, y no ha habido remedio.

VEJAMEN - DE FRANCISCO DE SALCEDO

(Censura a Francisco de Salcedo). A lo que parece, el mote es del Esposo de nuestras almas, que dice: Búscate en Mí. Pues señal es que yerre el señor Francisco de Salcedo en poner tanto que Dios está en todas las cosas, que Él sabedor es que está en todas las cosas.

También dice mucho de entendimiento y de unión. Ya se sabe que en la unión no obra el entendimiento: pues si no obra, ¿cómo ha de buscar? Aquello que dice David: “Oír lo que habla Dios en mí” (Salmo LXXXV, v. 9), me contentó mucho, porque esto de paz en las potencias, es mucho de estimar, que entiendo por el pueblo. Mas no tengo intención de decir de cosa bien de cuanto han dicho; y así digo, que no viene bien, porque no dice la letra que oigamos, sino que busquemos.

Y lo peor de todo es, que si no se desdice, habré de denunciar de él a la Inquisición, que está cerca. Porque después de venir todo el papel diciendo: esto es dicho de san Pablo, y del Espíritu Santo, dice que ha firmado necedades. Venga luego la enmienda; si no, verá lo que pasa.

VEJAMEN - DEL P. JULIÁN DE ÁVILA

(Censura a Julián de Ávila). Comenzó bien y acabó mal; y así no se le ha de dar la gloria. Porque aquí no le piden que diga de la luz increada ni criada cómo se junta, sino que nos busquemos en Dios. Ni le preguntamos lo que siente un alma cuando está tan junta con su Criador; y si está unida con Él, ¿cómo tiene parecer de si diferencia u no? Pues no hay allí entendimiento para esas disputas, pienso yo, porque si le hubiera, bien se pudiera entender la diferencia que hay entre el Criador y la criatura. También dice: «Cuando está apurada». Creo yo, que no bastan aquí virtudes ni apuración; porque es cosa sobrenatural y dada de Dios a quien quiere; y si algo dispone, es el

amor. Mas yo le perdono sus yerros, porque no fue tan largo como mi padre Fray Juan de la Cruz.

VEJAMEN - DEL P. JUAN DE LA CRUZ

(Censura al P. Fr. Juan de la Cruz). Harto buena doctrina dice en su respuesta, para quien quisiere hacer los ejercicios que hacen en la Compañía de Jesús, mas no para nuestro propósito. Caro costaría, si no pudiésemos buscar a Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo. No lo estaba la Magdalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando le hallaron. También trata mucho de hacerse una misma cosa con Dios en unión; y cuando esto viene a ser, y Dios hace esta merced al alma, no dirá que le busquen, pues ya le ha hallado.

Dios me libre de gente tan espiritual, que todo lo quiere hacer contemplación perfecta, dé do diere. Con todo, los agradecemos el habernos tan bien dado a entender lo que no preguntamos. Por eso, es bien hablar siempre de Dios, que de donde no pensamos nos viene el provecho.

VEJAMEN - DEL SR. LORENZO DE CEPEDA, SU HERMANO

(Censura a su hermano). Como ha sido del señor Lorenzo de Cepeda, a quien agradecemos mucho sus coplas y respuesta. Que si ha dicho más que entiende, por la recreación que nos ha dado con ellas, le perdonamos la poca humildad en meterse en cosas tan subidas, como dice en su respuesta; y por el buen consejo que da, de que tengan quieta oración (como si fuese en su mano) sin pedírsele: ya sabe la pena a que se obliga el que esto hace. Plegue a Dios se le pegue algo de estar junto a la miel, que harto consuelo me da, aunque veo que tuvo harta razón de correrse. Aquí no se puede juzgar mejoría, pues en todo hay falta sin hacer injusticia.

Mande V. S. que se enmienden; que yo me enmendaré, en no me parecer a mi hermano en poco humilde. Todos son tan divinos esos señores, que han perdido por carta de más; porque, como he dicho, quien alcanzare esa merced de tener el alma unida consigo, no le dirá que le busque, pues ya le posee. Beso las manos de V. S. muchas veces por la merced que me hizo con su carta. Por no cansar más a V. S. con estos desatinos, no escribo ahora.

Indigna sierva y súbdita de V. S.

Teresa de Jesús

VERSOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

*Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.*

Vea quien quisiere
rosas y jazmines,
que si yo te viere,
veré mil jardines:
flor de serafines,
Jesús Nazareno,
*Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.*

No quiero contento
mi Jesús ausente,
que todo es tormento
a quien esto siente;
sólo me sustente
tu amor y deseo,
véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
*Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.*

Veote cautivo
sin tal compañía,
muerte es la que vivo
sin Vos, vida mía;
¿Cuándo será el día
que alcéis mi destierro?
*Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.*

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazón le di
puso en él este letrero,
que muero porque no muero.

Esta divina prisión,
del amor en que yo vivo,
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Solo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
vida, no me seas molesta;
porque, muriendo ¿qué resta,
sino vivir y gozarme?
no dejes de consolarme;
muerte que así te requiero,
que muero porque no muero.

Vuestra soy, para Vos nací;
¿qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
eterna Sabiduría,
bondad buena al alma mía;
Dios alteza, un ser, bondad,
la gran vileza mirad
que hoy os canta amor así:
¿qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes,

vuestra, pues me redimistes,
vuestra, pues que me sufristes,
vuestra, pues que me llamastes,
vuestra, porque me esperastes,
vuestra, pues no me perdí:
¿qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
amor dulce, veisme aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición;
dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo,
pues del todo me rendí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
solo hallo paz aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
o por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía;
dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí o allí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo y cuándo?
Decid, dulce Amor, decid:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa
o estéril, si cumple así:
¿qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadenas,
o de Egipto adelantado,
o David sufriendo penas,
o ya David encumbrado;
sea Jonás anegado,
o libertado de allí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Esté callando o hablando,
haga fruto o no le haga,
muéstreme la ley mi llaga,
goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando,
solo vos en mí vivid:
¿qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, para vos nací,
¿qué mandáis hacer de mí?

¡Oh hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!

Sin herir dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis,
el amor de las criaturas.

Oh nudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis,
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males.

Juntáis quien no tiene ser
con el Ser que no se acaba;
sin acabar acabáis,
sin tener que amar amáis,
engrandecéis nuestra nada.

Dichoso el corazón enamorado
que en solo Dios ha puesto el pensamiento;
por él renuncia todo lo criado,
y en él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
porque en su Dios está todo su intento,
y así alegre pasa y muy gozoso
las ondas de este mar tempestuoso.

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
decidme: ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis?

Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—Y ¿qué temas más de ti?
—Lo que más temo es perderte.

Un alma en Dios escondida
¿qué tiene que desear,
sino amar y más amar,
y en amor toda escondida
tornarte de nuevo a amar?

Un amor que ocupe os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,

para hacer un dulce nido
adonde más la convenga.

*Pues nos dais vestido nuevo
Rey celestial,
librad de la mala gente
este sayal.*

La Santa:
Hijas, pues tomáis la cruz,
tened valor,
y a Jesús, que es vuestra luz,
pedid favor.
Él os será defensor
en trance tal.

Todas:
Librad de la mala gente
este sayal.

La Santa:
Inquieta este mal ganado
en oración,
el ánimo mal fundado,
en devoción.
Mas en Dios el corazón
tened igual.

Todas:
Librad de la mala gente
este sayal.

La Santa:
Pues vinisteis a morir
no desmayéis,
y de gente tan cevil
no temeréis.
Remedio en Dios hallaréis
en tanto mal.

Todas:
*Pues nos dais vestido nuevo
Rey celestial,
librad de la mala gente
este sayal.*

Versos que compuso nuestra Madre santa Teresa de Jesús, con motivo de la Transverberación de su corazón.

En las internas entrañas
sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
y aunque la herida es mortal,
y es un dolor sin igual,
es muerte que causa vida.

Si mata, ¿cómo da vida?
y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana, cuando hiere,
y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
que en un tan acerbo trance
sale triunfando del lance,
obrando grandes hazañas.

*Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta.
Solo Dios basta.*

Si en las tristezas
que te combaten
acaso alguna
te acongojare,
sé valerosa,
no te acobardes,
que si son humo,
las lleva el aire.
Por eso dijo
la santa Madre:

*Nada te turbe,
nada te espante.*

Si ellas porfían,
como importunas,
a más combates
sé más robusta.
Dirás que hay noche;
lo sé, no dudes,
que a su despecho
la luz madruga.
No ames ni temas
lo que no dura:
*todo se pasa,
Dios no se muda.*

¡Oh qué risueña
es la mañana,
si asoma el día
lleno de gracia!
Sí, porque vibra,
rayos que apartan
las que antes eran
sombras del alma.
Así es; ten pecho,
aguarda, aguarda,
*que la paciencia
todo lo alcanza.*

La luz hermosa
de esta alborada,
la que no alteran
sombras opacas,
es Dios, que a impulsos
de afecto calma,
cuando amanece,
nuestras borrascas;
búscales ansiosa,
mira si le hallas,
*Quien a Dios tiene
nada le falta.*

Si a tanta dicha
subes, repara
que aunque huyan bienes
solo Dios basta.

CANTARES POPULARES

Mira que te mira Dios;
Mira que te está mirando;
Mira que te has de morir;
Mira que no sabes cuándo.

Sufre si quieres gozar;
Baja, si quieres subir;
Pierde, si quieres ganar;
Muere, si quieres vivir.

Todos sujetos estamos;
Porque aquel que nos crio
Tan solo para salvarnos,
El libre albedrío nos dio.

Ya no le temo a la muerte,
Que la muerte es natural;
Solo le temo a la cuenta
Que a Dios le tengo que dar.

Desde el día que nacemos
A la muerte caminamos;
No hay cosa que más se olvide
Y que más cierto tengamos.

Aquel que tiene tres viñas
Y el tiempo le quita dos,
Conténtese con la una
Y dele gracias a Dios.

Sufre con ánimo igual,
Alma, lo que más lastima;
Que la más áspera lima
Limpia mejor el metal.

Yo no le temo a la muerte
Aunque la encuentre en la calle;
Que sin licencia de Dios
La muerte no mata a nadie.

A santa Teresa pido
Que me dé conformidad,

Que los bienes de este mundo
Dios los quita y Dios los da.

No ama mucho quien lo dice,
Sino quien mucho padece,
Porque amor sin penas y obras
De amor solo el nombre tiene.

Hazte guerra y tendrás paz,
Ciega y hallarás la luz.
¿Quieres gloria? ansia por cruz;
Sé simple y habrás la paz.

Si al sumo Bien te has de unir
Su voz interior atiende,
Pues lo que tu Dios pretende
Es que le quieras oír.

Por divino adoro a Dios
Y lo admiro por perfecto,
Por bondadoso le amo,
Por justiciero le temo.

No hay hombre como Jesús,
Ni mujer como María,
Ni amor como amor de madre,
Ni luz como la del día.

En el cielo no hay faroles,
Que todo son estrellitas;
¡Que bien parece, señores,
La honestidad en las mocitas
Y la razón en los hombres!

Un loquito del hospicio
Me dijo en una ocasión:
Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.

Compañerita del alma,
Diga Vd. lo que yo digo:
Que el que no sabe leer
¡Para qué quiere los libros?

Ninguno cante victoria
Aunque en el estribo esté;
Que muchos en el estribo

Se suelen quedar a pie.

Nunca compres mula coja
Pensando que sanará,
Pues si las sanas cojean,
Las cojas, ¿qué es lo que harán?

Cuando tenía dinero
Me llamaban don Tomás,
Y ahora que no lo tengo
Me llaman Tomás, no más.

Semejan esperanzas
A los laureles;
Sin darle fruto a nadie
Siempre están verdes.

En una alforja al hombro
Llevo los vicios,
Delante los ajenos
Detrás los míos.

AVISOS DE NUESTRA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

1º. La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas aunque sea fértil, así el entendimiento del hombre.

2º. De todas las cosas espirituales decir bien, como de religiosos, sacerdotes y ermitaños.

3º. De ninguna cosa hacer burla.

4º. Acomodarse a la complexión de aquel con quien trata, en el alegre alegre, y con el triste triste, en fin hacerse todo a todos para ganarlos a todos.

5º. Nunca porfiar mucho, especial en cosas que va poco.

6º. Nunca reprender a nadie sin discreción y humildad y confusión propia de sí mismo.

7º. Nunca hablar sin pensarlo bien y encomendarlo mucho a nuestro Señor, para que no hable cosa que le desagrade.

8º. Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho y entonces sea con humildad, y con consideración que aquellos son dones de la mano de Dios.

9º. Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderación decir lo que siente.

10º. Nunca afirme cosa sin saberla primero.

11º. Nunca se entremeta a dar su parecer en todas las cosas, si no se lo piden, o la caridad lo demanda.

12º. Nunca muestre devoción de fuera que no haya dentro, pero bien podrá encubrir la devoción.

13º. Nunca siendo superior reprenda a nadie con ira sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprensión.

14º. Delante de su superior (en el cual debe mirar a Jesucristo), nunca hable sino lo necesario, y con gran reverencia.

15º. Jamás excusarse sino en muy probable causa.

16º. Jamás de nadie oigas ni digas mal, sino de ti mismo, y cuando holgares de esto, vas bien aprovechando.

17º. Jamás hagas cosa que no puedas hacer delante de todos.

18º. Jamás deje de humillarse y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas.

19º. Entre muchos siempre hablar poco.

20º. Siempre se imagine sierva de todos y en todos considere a Cristo nuestro Señor, y así les tendrá respeto y reverencia.

21º. Esté siempre aparejado al cumplimiento de la obediencia como si se lo mandase Jesucristo en su prior o prelado.

22º. Andar siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada cosa y ocasión.

23º. Huya siempre la singularidad cuanto le fuere posible, que es mal grande para la comunidad.

24º. Lo que le dicen los de casa haga siempre si no es contra la obediencia, y respóndales con humildad y blandura.

25º. Use siempre a hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma. Haga actos de todas las demás virtudes.

26º. No estar fuera de la celda, ni salir sin causa, y a la salida pedir favor a Dios para no ofenderle.

27º. No comer ni beber sino a las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias a Dios.

28º. No pienses faltas ajenas sino las virtudes, y tus propias faltas.

29º. De la comida si está bien o mal guisada no se aqueje, acordándose de la hiel y vinagre de Jesucristo.

30º. En la mesa no hable a nadie ni levante los ojos a mirar a otro. Considerar la mesa del cielo, y el manjar de ella que es Dios y los convidados, que son los ángeles: alce los ojos a aquella mesa deseando verse en ella.

31º. No hagas comparación de uno a otro porque es cosa odiosa.

32º. Cuando un superior manda una cosa, no digas que lo contrario manda otro, sino piensa que todos tienen santos fines, y obedece a lo que te manda.

33º. En cosas que no le va ni le viene, no sea curioso en hablarlas ni preguntarlas.

34º. Cosa particular de comida o vestido no lo pida sino con grande necesidad.

35º. En tiempo de tristeza y turbación no dejes las buenas obras que solías hacer, de oración y penitencia, porque el demonio procura inquietarte porque las dejes: antes tengas más que solías, y verás cuán presto el Señor te favorece.

36º. Tus tentaciones e imperfecciones no comuniqués con los más desaprovechados de casa, que te harás daño a ti y a los otros, sino con los más perfectos.

37º. En las fiestas de los santos piense sus virtudes y pida al Señor se las dé.

38º. Ser modesto en todas las cosas que hiciere y tratare.

39º. Hablar a todos con alegría moderada.

40º. A tu superior y confesor, descubre todas tus tentaciones e imperfecciones y repugnancias para que te dé consejo y remedio para vencerlas.

41º. Cuando alguno hablare cosas espirituales, ógalas con humildad y como discípulo, y tome para sí lo bueno que dijere.

42º. Cuando estuvieres alegre no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa.

43º. Hacer todas las cosas como si realmente estuviese viendo a su Majestad, y por esta vía gana mucho un alma.

44º. Cada obra que hicieres dirígela a Dios ofreciéndosela, y pídele que sea para su honra y gloria.

45º. En cualquier obra y hora examina tu conciencia y vistas tus faltas, procura la enmienda con divino favor, y por este camino alcanzarás la perfección.

46º. Haga cada día cincuenta ofrecimientos a Dios de sí, y esto haga con grande fervor y deseos de Dios.

47º. Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare, y ponga por obra los deseos que allí en la oración le dieren.

48º. Lo que medita por la mañana traiga presente todo el día y en esto ponga mucha diligencia, porque hay grande provecho.

49º. En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios y sabiduría, y en todas le alabe.

50º. Despegue el corazón de todas las cosas y busque y hallará a Dios.

51º. Cuando algo te reprendieren: recíbelo con humildad interior y exterior, y ruega a Dios por quien te reprendió.

52º. Tenga presente la vida pasada, para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al cielo para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

53º. Ofrezca todas las cosas al Padre eterno, juntamente con los méritos de su Hijo Jesucristo.

54º. Con todos sea manso y consigo riguroso.

55º. Con el examen de cada noche tenga gran cuidado.

56º. El día que comulgare, la oración sea de ver que siendo tan miserable ha recibido a Dios, y la oración de la noche, de que le ha recibido.

57º. Procure mucho la perfección y devoción y con ellas hacer todas las cosas.

58º. Ejercitarse mucho en el temor del Señor, que trae el alma compungida y humillada.

59º. Mirar bien cuán presto se mudan las personas y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirse a Dios que no se muda.

60º. Las cosas de su alma procure tratar con su confesor espiritual y docto, a quien las comunique y siga en todo.

61º. Cada vez que comulgare, pida a Dios algún don por la gran misericordia con que ha venido a su pobre alma.

62º. Aunque tenga muchos santos por abogados, séalo particular de san José, que alcanza mucho de Dios.

63º. Acuérdate de que no tienes más de un alma, no has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve y una que es particular, ni hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano a muchas cosas.

64º. Tu deseo sea de ver a Dios. Tu temor si le has de perder. Tu dolor que no lo gozas. Y tu gozo de que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz.

Nada contra Dios. Todo por Jesús, a su mayor honra y gloria. Húndase el mundo antes que ofender a Dios, porque debo más a Dios que a nadie.